



COMILLAS

UNIVERSIDAD PONTIFICIA

ICAI

ICADE

CIHS

Facultad de Ciencias Humanas y Sociales

Grado en Relaciones Internacionales

Trabajo Fin de Grado

**LA TRANSFORMACIÓN DE LA POLÍTICA
EXTERIOR RUSA Y SU CONTROVERTIDA
INTERVENCIÓN EN LAS ELECCIONES
ESTADOUNIDENSES DE 2016**

Estudiante: Marta Cueto Vázquez

Director: Elsa Aimé González

ÍNDICE

Resumen	1
Abstract	3
1. Introducción	5
1.1.Finalidad y Motivos	5
1.2.Estado de la Cuestión.....	7
1.3.Marco Teórico.....	12
1.3.1.Realismo clásico	13
1.3.2.Realismo estructural o Neorrealismo	15
1.3.3.Realismo Neoclásico.....	16
1.3.4.Constructivismo	18
1.4.Objetivos	19
1.5.Metodología	20
2.Rusia en el siglo XXI	22
2.1.Contexto histórico	22
2.2.Política Exterior Rusa bajo Yeltsin.....	26
2.3.Política Exterior Rusa bajo Putin 2000-2008.....	29
2.3.1.Antagonismo a la hegemonía estadounidense.....	30
2.3.2.Los intereses regionales rusos.....	31
2.3.3.Rusia y el sector energético	32
2.4.Política Exterior de Rusia bajo Putin 2012 - 2018.....	33
2.4.1.Rusia y Occidente	34
2.4.2.Rusia y los países del Este	37
2.5.Política Exterior de Putin hacia Estados Unidos.....	38
2.5.1.Relaciones Putin-Bush	38
2.5.2.Relaciones Medvedev-Obama	41
2.5.3.Relaciones Putin-Obama.....	43
3.Elecciones Estadounidenses de 2016	45
3.1.Acusaciones hacia Rusia.....	45
3.2.Importancia del ciberespacio en las relaciones internacionales.....	46
3.3.Posibles explicaciones	49
3.4.Reflexión personal	52
4.Conclusión	55

5.Bibliografía..... 60

Resumen

Durante siglos, el objetivo del Estado ruso, independientemente del sistema real político del momento, siempre fue el de jugar un papel decisivo en los asuntos internacionales y el de convertirse en una superpotencia. Desde principios del siglo XIV, el estatus de poder de Rusia derivaba de sus conquistas territoriales hacia todas las posibles direcciones, así como sus esferas de influencia y el mantenimiento del control sobre ellas.

El Estado ruso ha experimentado dificultades y crisis económicas, y, sin embargo, principalmente debido al tamaño relativo del país, se ha formado la idea de que Rusia debe jugar el papel correspondiente a una superpotencia, ambiciones extremadamente difíciles de cambiar. Esta imagen de potencia internacional se vio fuertemente atacada con el derrumbamiento de la Unión Soviética a principios de la década de los años noventa, donde Rusia vio disminuir su esfera de influencia y su posición decisiva en la comunidad internacional. El Estado Ruso fue derrotado en su lucha por la supremacía global contra el mundo Occidental. El final de la Guerra Fría dio lugar a una Rusia con pérdidas políticas y territoriales sin precedentes, dejando al nuevo estado ruso en un nivel incapaz de competir con Estados Unidos ni con ninguna de las fuerzas occidentales. En consecuencia, la Federación rusa emergió sobre las ruinas de la Unión Soviética y asumió su nuevo lugar en el mundo, liderado al principio por la presidencia de Boris Yeltsin. Se trató de una época extremadamente difícil para que la nueva Rusia definiera su papel en el escenario internacional, en parte debido a que la transformación política y los graves problemas económicos, los cuales no favorecían al establecimiento de una voz clara y coherente sobre su nueva posición mundial.

Por ello, como mencionaremos más adelante, el objetivo primordial de este trabajo será analizar y entender la transformación de la política exterior de Rusia durante el mandato de Putin y cómo de controvertida se ha convertido su posible intervención en las elecciones presidenciales de Estados Unidos en 2016. Finalmente, mencionaremos y estructuraremos algunas de las posibles explicaciones, basándonos en las teorías de las relaciones internacionales mencionadas en el marco teórico, las cuales nos permitirán analizar la cambiante postura rusa y su posible intervención en las elecciones estadounidenses de 2016.

Debido a mi interés personal por la figura actual de los Estados Unidos en el mundo, me ha parecido oportuno formular un trabajo que permita entender la figura, una vez antagonista, del

antiguo oponente de la Guerra Fría. Se trata de un tema desconocido para mí, del que nunca he podido estudiar, por lo que intentaré a lo largo del trabajo, además de responder a la pregunta, poner en contexto cualquier acontecimiento, con el fin de tener la imagen global y así poder responder de una manera más efectiva a la pregunta en su conjunto.

Palabras Clave: Historia de Rusia, política exterior de Rusia, Boris Yeltsin, Vladimir Putin, Relaciones bilaterales hacia Estados Unidos, Elecciones Presidenciales de Estados Unidos de 2016, importancia del ciberespacio en las relaciones internacionales.

Abstract

For centuries, the goal of the Russian state, regardless of the actual political system of the moment, was always to play a decisive role in international affairs and to become a superpower. From the beginning of the fourteenth century, Russia's power was established by territorial conquests towards all possible directions, as well as its spheres of influence and the maintenance of control over them.

The Russian state has experienced difficulties and economic crises, and yet, mainly because of the relative size of the country, the idea has been formed that Russia must play the role corresponding to a superpower, ambitions extremely difficult to change. This image of international power was strongly attacked with the collapse of the Soviet Union in the early nineties, where Russia saw its sphere of influence and its decisive position in the international community diminish. The Russian State was defeated in its struggle for global supremacy against the Western world. The end of the Cold War gave rise to a Russia with unprecedented political and territorial losses, leaving the new Russian state at a level unable to compete with the United States or any of the Western forces. Consequently, the Russian Federation emerged from the ruins of the Soviet Union and assumed its new place in the world, led at first by the presidency of Boris Yeltsin. It was an extremely difficult time for the "new Russia" to define its role on the international stage, partly because of the political transformation and serious economic problems, which did not favor the establishment of a clear and coherent voice on its new global position.

Therefore, as we will mention later, the main objective of this work will be to analyze and understand the transformation of Russia's foreign policy during Putin's term and how controversial its possible intervention in the 2016 US presidential elections has become. Finally, we will mention and structure some of the possible explanations, based on the theories of international relations mentioned in the theoretical framework, which will allow us to analyze the changing Russian perspective and its possible intervention in the 2016 US elections.

Due to my personal interest in the current position of the United States in the world, I thought it appropriate to formulate a work that would allow us to understand the once antagonistic figure of the US's Cold War opponent. It is a subject unknown to me, which I have never been able to study, so I will try throughout the work, in addition to answering the question, put in context any event,

in order to have the global image and thus be able to respond in a more effective way to the question as a whole.

Keywords: Russian history, Russian foreign policy, Boris Yeltsin, Vladimir Putin, bilateral relations to the United States, 2016 US Presidential Elections, the importance of cyberspace in international relations.

1. Introducción

1.1. Finalidad y Motivos

Después de la caída del bloque soviético, la política exterior rusa estuvo influenciada por la consecución de sus intereses a largo plazo. Entre dichos intereses cabría destacar su deseo de establecer a Rusia como un estado democrático y libre; el deseo de proporcionar condiciones favorables para que se pueda propiamente implantar una economía moderna y eficiente; y lograr finalmente, la incorporación de la Federación Rusa como una potencia igual al resto en la comunidad internacional (Aboyade, 2018).

Durante las últimas tres décadas, el compromiso y el comportamiento de la Rusia postsoviética en las relaciones internacionales se caracteriza por presentarse como una clara paradoja. En ciertos momentos su política exterior ha tomado una forma prooccidental, mientras que, durante otros, ha asumido una postura radical y antioccidental. Cabe aclarar que dicha postura antagonista a la presentada por Occidente nunca ha llegado a tal extremo de ocasionar el terror generalizado por la posibilidad de una nueva guerra mundial. De hecho, la política exterior de Rusia después del año 1993 se presenta como una política que apoya ambos extremos, reflejando así las diferentes influencias de grupos de interés que han ido y que siguen definiendo y determinando el comportamiento y el posicionamiento ruso en los asuntos internacionales (Aboyade, 2018, pág. 73).

Una vez terminada la Guerra Fría y durante la creación de la nueva Rusia, se reconoció la necesidad de que la política exterior de Rusia no estuviese guiada bajo ningún concepto por las posturas ideológicas o por las necesidades particulares de los partidos políticos, sino que debería estar motivada por los intereses nacionales (Aboyade, 2018). Sin embargo, la realidad es que todos los líderes desde Boris N. Yeltsin hasta Vladimir Putin han compartido pocos objetivos sobre la política exterior, y han estado en desacuerdo en la mayoría. En general, todos los líderes han apoyado la necesidad de promover el desarrollo y crecimiento de la economía rusa para que así Rusia pueda desempeñar un papel decisivo como actor internacional. No obstante, la manera en la que cada presidente ha decidido lograr dicho objetivo es lo que ha hecho diferente el carácter de la política exterior del estado.

En consecuencia, las relaciones bilaterales entre Rusia y Estados Unidos pueden definirse “mediante la metáfora de un péndulo que oscilaba entre las expectativas de cooperación, que

borraría la experiencia de la desconfianza y el del equilibrio del terror de la Guerra Fría, y la gradual decepción por el aumento de la confrontación” (Milosevich-Juaristi, 2017).

A principios de los años 90, con el nombramiento de Gorbachov como líder de la Unión Soviética, ambos bloques trabajaron juntos para derrotar a Saddam Hussein en la guerra de Kuwait, pero también para promover la reunificación de Alemania y finalmente para poner fin a la carrera armamentística. “La idea de consolidar la cooperación entre EE. UU. y Rusia era el fundamento común del nuevo orden mundial del presidente George H.W. Bush y de la invocación de Gorbachov a un espacio común de seguridad desde Vancouver hasta Vladivostok” (Milosevich-Juaristi, 2017).

De manera análoga, después del ataque a las torres gemelas del 11 de septiembre de 2001, el Kremlin se mostró frente a Washington como un aliado en la lucha contra el terror e incluso llegó a ofrecerle apoyo en la guerra de Afganistán. Siguiendo esta línea, el presidente Estadounidense George W. Bush y el presidente Ruso Putin, consideraron establecer una alianza permanente en la lucha contra el terrorismo. Otro momento de acercamiento fue en 2008 bajo el mandato de Obama cuando el presidente estadounidense decidió volver a “restablecer (a pesar de la guerra en Georgia) las relaciones entre Rusia y EEUU y cimentarlas sobre una nueva base” (Milosevich-Juaristi, 2017).

No obstante, durante las dos décadas siguientes al desmantelamiento del bloque soviético, ciertos acontecimientos supusieron una ruptura de las relaciones y de la cooperación entre ambas potencias y, por tanto, una ruptura de la estabilidad internacional. Por un lado, Rusia se sintió decepcionada por los bombardeos de la OTAN en Serbia (1999), por la guerra de Irak (2003) y por la ampliación de la OTAN, entre otras cosas. En cambio, Occidente se sintió amenazado por la Guerra de Georgia en 2008 y por la anexión de Crimea por Rusia (2014).

Finalmente, existen pruebas sólidas de que Rusia buscó influenciar las elecciones americanas de 2016. Se dice que los emails, hackeados por operadores, pertenecientes a líderes políticos del partido demócrata que estaban conectados a organismos de seguridad rusos fueron filtrados con la intención de desacreditar a Hillary Clinton (Russel, 2018). Además, se dice que organizaciones rusas llevaron a cabo una amplia campaña de influencia en las redes sociales para favorecer la candidatura de Trump y que finalmente existía un contacto extenso entre algunos representantes del Kremlin y el equipo de campaña de Trump (Russel, 2018).

Como hemos explicado anteriormente, en los últimos años se ha visto cómo la relación entre Estados Unidos y Rusia sigue siendo controvertida. Sin embargo, a pesar de las tensiones que se han producido recientemente, existen pruebas sólidas que defienden la firma intervención rusa en las elecciones estadounidenses. Todo ello es un reflejo de la profunda reordenación que, todavía hoy, se está produciendo en las relaciones internacionales. Este año, en 2019, se cumplen 30 años del final de la Guerra Fría con la caída del muro de Berlín y el desmantelamiento del Bloque Soviético, y a pesar de ello, las consecuencias de dicha transformación siguen sintiéndose.

Así mismo, resulta importante destacar la existencia de una inquietud personal particular hacía este tema, motivada por la necesidad de aprovechar y comprender mejor cómo han evolucionado las relaciones entre estos dos países desde el fin de la Guerra fría y de qué manera esta realidad tiene un impacto directo en las relaciones internacionales en la actualidad. En consecuencia, tanto por los argumentos explicados anteriormente como por mi interés personal, resultaría interesante explicar los motivos subyacentes a la dualidad existente en el comportamiento de la política exterior rusa hacia los Estados Unidos desde el final de la Guerra Fría.

1.2. Estado de la Cuestión

La relación entre Estados Unidos y Rusia puede considerarse como una de las relaciones bilaterales más complicada y crítica del mundo ya que tiene implicaciones que van más allá de los Estados mismos. Durante las últimas tres décadas, las relaciones bilaterales entre estos dos actores han ido en círculos, oscilando entre períodos de cooperación y períodos de confrontación. Ambos países tienen intereses comunes, como por ejemplo la seguridad nuclear, la no proliferación de armas, la seguridad regional en Europa y Eurasia, la lucha contra el terrorismo y el extremismo violento y la gestión de conflictos en Oriente Medio (Colbran, 2019). Además, Estados Unidos considera que Rusia puede ayudarle a luchar contra el cambio climático y que incluso puede apoyar proyectos dedicados a la exploración del espacio. Por otro lado, Rusia ve en Estados Unidos el gran aliado que podría ayudarle a determinar su lugar en el escenario internacional (Colbran, 2019).

La realidad es que “Moscú y Washington comparten un bagaje histórico y se enfrentan a dos cuestiones clave: ¿cómo gestionar los riesgos para evitar una escalada militar y frenar la

degradación de sus relaciones? Y la otra: ¿cómo buscar soluciones a los problemas que han causado la actual ruptura de la cooperación mutua?” (Milosevich-Juaristi, 2017).

La política exterior de Rusia al principio estuvo fuertemente marcada por su búsqueda de cumplir unos objetivos y de satisfacer unos intereses a largo plazo, como por ejemplo el deseo de asegurar la independencia financiera y económica de Rusia y conseguir la incorporación igualitaria de Rusia en la comunidad militar o incluso el deseo de establecerse como una gran potencia (Aboyade, 2018, pág. 77). Y es que Rusia formulará a partir de 1991 políticas exteriores basadas y fuertemente marcadas por dichos intereses y objetivos a largo plazo. El comportamiento y el compromiso ruso a partir de entonces es visto por muchos autores como paradójico ya que en ciertos momentos su política exterior ha tomado un acercamiento a occidente, mientras que durante otros ha asumido una postura radical y antioccidental. En concreto, a partir de 1993, se considera que la política exterior rusa incorpora ambos extremos, reflejando así la existencia de diferentes escuelas de pensamiento, las cuales irán influyendo y determinando el posicionamiento del antiguo país soviético en las relaciones internacionales (Aboyade, 2018).

Como se ha mencionado en el apartado de finalidad y motivos, son muchos los acontecimientos que han dado lugar a la existente controvertida relación bilateral entre Estados Unidos y Rusia. Entre los momentos de cooperación podríamos destacar, el suministro estadounidense de casi 19 millones de dólares en ayuda a Rusia desde 1992 hasta 2010 para fomentar la democracia y las reformas del mercado, y, en particular, para prevenir y evitar la proliferación de armas de destrucción masiva (Nichol, 2014). Además, el apoyo del Kremlin a la Casa Blanca después del ataque yihadista del 11 de septiembre de 2001 también constituyó un momento importante de acercamiento. En mayo de 2002, Rusia y Estados Unidos alcanzaron su primer tratado sobre la reducción de armas en más de una década. Además, ese mismo mes, Rusia pasó a formar parte de la OTAN como miembro limitado y en noviembre de 2002, Rusia no se opuso cuando la OTAN anunció su deseo de incluir varias naciones de Europa del Este, entre ellas, las repúblicas exsoviéticas (Aboyade, 2018).

Finalmente, a pesar del conflicto ruso en Georgia (2008), la administración Obama trabajó para reestablecer relaciones con Rusia mediante actos como la firma del nuevo Tratado de Reducción de Armas Estratégicas en abril 2010, la aprobación de nuevas sanciones contra Irán por parte de Rusia y otros miembros del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, la

incorporación de Rusia a la Organización Mundial del Comercio en 2012 y finalmente, la cooperación de Rusia en Afganistán como muestra significativa del éxito de las relaciones bilaterales (Nichol, 2014).

Del mismo modo, también se produjeron momentos de graves enfrentamientos como, por ejemplo, la oposición rusa a los bombardeos de 1999 de la OTAN en Serbia, o “a la guerra de Irak (2003), a las revoluciones de color en Ucrania (2004) y Georgia (2005) y a la ampliación de la OTAN. La Guerra en Georgia (2008) y la anexión de Crimea (2014) por Rusia supusieron la ruptura del orden liberal internacional y de la cooperación entre Rusia y Estados Unidos” (Milosevich-Juaristi, 2017).

El colapso de la Unión Soviética trajo consigo un profundo en el equilibrio del poder global. Marcó el final de la rivalidad y lucha de dos sistemas que marcaron la consecución de los asuntos internacionales durante la mayor parte del siglo XX. Se trató de una época marcada por la amenaza de una nueva guerra global y con muy poca o ninguna posibilidad de cooperación internacional constructiva. Y es que, ambos países adoptaron distintas interpretaciones sobre lo que significaba el final de la bipolaridad para el orden liberal internacional. Por un lado, Estados Unidos, consideraba que el sistema capitalista y su ideología política fue lo que les garantizó la victoria, y que todo el resto de los países del mundo, sobre todo los que hasta ese momento habían estado bajo la influencia soviética, debían de adoptar dicho sistema. En base a esta visión de los hechos, Rusia debía de adaptarse a la nueva configuración del escenario internacional liderado por Estados Unidos, además de “no insistir en el equilibrio del poder geopolítico o en el reparto de las zonas de influencia” (Milosevich-Juaristi, 2017). Por el otro lado, Rusia, a pesar de querer establecer relaciones pacíficas y de cooperación con Estados Unidos, nunca llegó a admitir su “derrota” y, por tanto, nunca llegó a reconocer el liderazgo americano.

Las diferentes interpretaciones que llevaron a las dos potencias a graves momentos de tensión y conflicto se podrían resumir en tres puntos: “en primer lugar, la diferente visión del orden liberal internacional; en segundo, la promoción y divulgación de los valores democráticos; y finalmente, el entendimiento del concepto de soberanía y de intervención extranjera” (Milosevich-Juaristi, 2017). Occidente asocia el orden internacional con las instituciones (ONU, OMC, G-20, etc.), normas y reglas liberales específicas creadas después de la Segunda Guerra Mundial caracterizadas por defender los derechos humanos y promover el sistema democrático como el sistema a seguir.

Sin embargo, Rusia se opone a este orden internacional liberal creado por los países occidentales ya que lo considera como una amenaza a su soberanía y seguridad nacional. Para muchos americanos, Rusia después del final de la Guerra Fría era una democracia en construcción. Y la única razón por la que Rusia decide integrarse en dichas instituciones y mecanismos es para defender sus intereses nacionales a largo plazo, que como ya hemos mencionado, buscan, entre otras cosas, asegurar su integridad territorial e incorporar el territorio ruso al escenario internacional, con las mismas condiciones que el resto de los países (Aboyade, 2018).

Estados Unidos busca promulgar valores como la democracia, la soberanía nacional y la defensa y respeto de los derechos humanos, pilares que para Occidente permiten construir y desarrollar la estabilidad del orden internacional liberal. Ciertos acontecimientos como la ampliación de la OTAN en los años noventa, las revoluciones de color en Georgia, Ucrania y Kirguistán a principios de los años 2000, la guerra ruso-georgiana de 2008 y el apoyo estadounidense a los movimientos democráticos surgidos en Oriente Medio y alrededor de la frontera rusa, no hicieron más que aumentar las tensiones entre ambos países (Ziegler, 2014). La realidad es que Rusia veía todos estos acontecimientos como medidas estadounidenses para expandir su influencia geográfica y así estabilizar al régimen ruso mediante la explotación de sus recursos naturales y la imposición de valores propios del mundo Occidental. Por ello, los medios de comunicación dominados por el Estado ruso fueron utilizados para comunicar su discurso antiamericano culpando a Washington y a sus aliados de los problemas nacionales e internacionales que sufría Rusia (Ziegler, 2014).

La política exterior americana acentúa su deseo de establecerse como líder mundial. Según la versión de 2015 sobre la Estrategia Nacional de los Estados Unidos, “el liderazgo americano es esencial para un orden internacional basado en reglas” (Russel, 2018). Se pensó que con Trump y su discurso de “America first” (Russel, 2018), la política exterior americana sería diferente, sin embargo, en La Estrategia de Seguridad Nacional (2017) de los Estados Unidos, todavía se describe a Estados Unidos como la única superpotencia líder a nivel mundial. Por su lado Rusia, como ya hemos mencionado, crítica lo que considera esfuerzos estadounidenses por establecer e imponer su liderazgo al resto del mundo, pasando por encima de cualquier actor internacional, incluso de las organizaciones multilaterales que, según el Moscú, son responsables de regular las relaciones internacionales (Russel, 2018). Esta tensión sigue presente bajo el gobierno de Trump, y según Sergey Lavrov, ministro de Asuntos Exteriores ruso, la política exterior estadounidense

se niega a aceptar la realidad de un mundo multipolar. Es más, considera que el objetivo americano no es el de preservar la estabilidad en el orden internacional, sino que busca conservar el predominio estadounidense mediante la contención de potenciales “centros alternativos de poder” como lo es Rusia (Russel, 2018).

Finalmente, el último punto de conflicto sobre el “entendimiento del concepto de soberanía y de intervención extranjera” hace alusión a las críticas surgidas por las intervenciones de ambos bandos en diferentes conflictos. El Kremlin por su lado criticó fuertemente las intervenciones militares de la Casa Blanca en Bosnia, Kosovo e Irak. La principal razón detrás dichas posturas es que el gobierno ruso quiere “garantizar la no interferencia estadounidense en sus asuntos internos, así como impedir su predominio en las zonas de su interés especial siendo estas principalmente las repúblicas exsoviéticas” (Milosevich-Juaristi, 2017).

En la actualidad, la conocida relación paradójica y controvertida no hace más que acentuarse. Por un lado, durante la campaña electoral para presidente en 2016, Donald Trump fue ambiguo en sus comentarios sobre Ucrania, despertando y planteando la posibilidad de que podría, si sale elegido como presidente, levantar las sanciones contra Rusia y reconocer la controvertida anexión de Crimea. Todo esto creó esperanzas de que, con Trump, “quizás ambos actores podrían estar dispuestos a dejar de lado sus diferencias sobre Ucrania y a avanzar hacia una relación más transaccional” (Russel, 2018), con la posible cooperación en esferas, como, por ejemplo, la búsqueda de soluciones a la guerra civil en Siria. Es más, tras las elecciones, Trump rechazó las acusaciones de que el Kremlin había interferido en las elecciones democráticas estadounidenses, y condenó la expulsión de 35 diplomáticos rusos y el cierre de dos instalaciones de la embajada rusa, decisiones tomadas por la administración Obama (Lo, 2017).

Sin embargo, las relaciones entre Estados Unidos y Rusia hoy son peores que nunca. No solo no hay ninguna perspectiva de que poner fin a las sanciones occidentales, sino que desde entonces se han reforzado. Por otro lado, en lugar de que Washington reconozca la anexión de Crimea, la administración de Trump se está planteando suministrar armas de defensa a los militares Ucranianos (Lo, 2017), y finalmente, las sospechas sobre la intervención rusa en las elecciones americanas de 2016, ha provocado que Rusia sea uno de los temas más controvertidos y criticados en Washington (Lo, 2017).

La relación entre Trump y Putin ha demostrado, en lo que llevamos de administración Trump, ser más problemática que cooperativa. Sus reuniones paralelas a la cumbre del G20 en Hamburgo han resultado ser contraproducentes, es más Hamburgo simbolizó “el contraste entre una América que había perdido su camino, y una Rusia resuelta y decidida” (Lo, 2017). A la vuelta del G20, Trump se vio obligado a públicamente retirar su propuesta anunciada en Hamburgo, de establecer una unidad conjunta de seguridad cibernética entre ambos países. Y dos semanas después, ambas cámaras del Congreso de Estados Unidos aprobaron con mayoría un endurecimiento de las sanciones a Rusia (Lo, 2017). Es más, el foco ya no está centrado en cómo podrían cooperar ambos gobiernos, sino que se están centrando en averiguar si Estados Unidos y Rusia van a ser capaces o van a estar dispuestos de detener el empeoramiento de sus relaciones bilaterales.

1.3. Marco Teórico

La política exterior rusa desde el final de la Guerra Fría ha sido un fenómeno complejo que ha afectado el funcionamiento de las relaciones internacionales. La hegemonía que tuvo la Unión Soviética durante la Guerra Fría todavía marca el sentimiento ruso y sus decisiones en materia de política exterior. A pesar de la transformación económica y política que el país tuvo que sufrir en la era postsoviética, sus características intrínsecas, siendo estas su tamaño (Rusia es el país más grande del mundo) y sus abundantes recursos energéticos (energía nuclear y materias primas), han influido significativamente en cuanto al lugar que Rusia debe ocupar en el sistema internacional (Więclawski, 2011). Por tanto, a pesar del proceso de integración y globalización al que se ha sometido el país, el realismo clásico puede constituir una herramienta explicativa interesante para analizar la política exterior rusa a lo largo del tiempo (Więclawski, 2011). Con el fin de analizar la política exterior de Rusia, sobre todo marcada por el mandato de Putin nos centraremos, dentro de la pluralidad de teorías de las relaciones internacionales, en contrastar el realismo clásico, el neorrealismo, el Realismo Neoclásico y el Constructivismo. Resulta interesante explicar las diferencias y puntos en común de todas las vertientes de las teorías realistas, así como la diferencia y el antagonismo hacia la teoría constructivista.

1.3.1. Realismo clásico

La realidad es que la política exterior de la Federación Rusa ha sido un espejo de las tesis fundamentales del realismo clásico: el concepto del papel central que tiene el Estado en las relaciones internacionales, la búsqueda de poder para lograr unos objetivos y la defensa y prioridad a los intereses nacionales. La teoría realista se centra en los intereses nacionales de los Estados y no en la ideología de ellos. Schmidt explica que el realismo se basa en la doctrina conocida como *raison d'état*, basada principalmente en la seguridad del estado, por lo que de acuerdo con esta teoría el estado tiene que perseguir la obtención de poder para así ser capaz de garantizar su seguridad (Dunne & Schmidt, 2014). Por lo general, en vez de enfocarse en la moral y en la ética como pilares de la política internacional, el realismo se centra en los intereses propios de las naciones.

De hecho, las relaciones internacionales vistas desde la perspectiva rusa reflejan la tesis clásica realista sobre el Estado como actor principal en el sistema internacional. Las relaciones internacionales, por definición son las relaciones entre estados soberanos, y por ello el papel que tienen otros actores como organizaciones internacionales o empresas transnacionales sigue siendo secundario y limitado (Więclawski, 2011). Rusia, por su lado, siempre ha sido cautelosa sobre la presencia de empresas o actividades extranjeras en su territorio. Y a pesar de que esta actitud ha ido mejorando a medida que Rusia establecía relaciones de cooperación económica con actores internacionales, las actividades extranjeras en territorio ruso todavía son vistas como potenciales peligros para los intereses del Estado. Uno de los ejemplos más representativos fue la ley restrictiva de Putin sobre las ONG en 2006, que declaraba la necesidad de proteger al Estado ruso del lavado de dinero, del terrorismo y de los grupos de espías extranjeros que usaban las ONG como tapadera (Więclawski, 2011).

Además, la actitud rusa con respecto a las organizaciones intergubernamentales internacionales también sigue las líneas definitorias del realismo clásico. Y es que Rusia se ha aprovechado de dichas organizaciones, utilizándolas materialmente cuando su trabajo se consideraba beneficioso para los intereses rusos y luego en cambio ignorándolas cuando consideraban que intervenían en los asuntos internos del país. Las Naciones Unidas han sido el medio para alcanzar los fines rusos. Debido a papel líder que sostiene en el Consejo de Seguridad

de las Naciones Unidas, Rusia ha podido rechazar operaciones americanas como en el caso de la Guerra de Irak (Więclawski, 2011).

Por otro lado, el realismo clásico defiende que el orden internacional es anárquico, es decir, que en teoría no debería de haber ningún estado, ninguna potencia a nivel mundial que sea capaz de imponer sus normas al resto de estados soberanos. En consecuencia, todos los Estados tienden a defender y a centrarse en sus intereses nacionales. Esto se debe principalmente a la falta de confianza, por parte de un Estado, en cualquier otro sujeto del orden internacional. En el caso de Rusia, se ha observado que el gobierno ruso siempre ha defendido sus propios intereses, como por ejemplo en la retórica de la ampliación de la OTAN, así como la objeción rusa a la implantación de materiales militares estadounidenses en el territorio de Polonia y de República Checa (Więclawski, 2011).

Igualmente, como hemos definido al hablar de la teoría de las relaciones internacionales realista, una de las principales hipótesis de ésta es la especial atención que se presta al poder del Estado, y en concreto al poder militar. De este modo, una política exterior efectiva depende en gran medida del poder que posea dicho estado traducido en primera instancia a su poder militar. En el caso de Rusia, efectivamente el poder militar ha sido clave para su política exterior y ha sido en parte capaz de afrontar los problemas de la modernización de las armas nucleares mediante la formación de un arsenal nuclear. Se ha visto claramente reflejado en aquellos momentos de tensión, como por ejemplo con la ampliación de la OTAN, cuando Rusia siempre ha amenazado con desplegar su arsenal nuclear.

Resulta interesante recalcar que esta teoría se ha asumido en la política exterior rusa con tanta importancia que, a pesar de las dificultades económicas del país, el equipamiento y la predominancia militar a nivel mundial siempre fueron los principales objetivos. Por ello, la teoría clásica realista es un tanto conflictiva y además considera la política mundial como una política únicamente basada en el poder, con ideas tales como el juego de suma-cero o la lógica de la necesidad de zonas de influencia. Wieclawski en su artículo asegura que esta corriente de pensamiento sigue vigente en la política exterior rusa, ya que, a pesar del fin de la Guerra Fría, Moscú sigue asegurando tener la necesidad de volver a establecer al país en el lugar correcto dentro de los asuntos internacionales, y no ha cesado de intentar expandir su zona de influencia en zonas de especial interés como lo son las repúblicas exsoviéticas (Więclawski, 2011, p.172).

1.3.2. Realismo estructural o Neorealismo

De manera a definir el realismo estructuralista, Schmidt alega que las principales ideas detrás de tal teoría defienden en un primer lugar que el sistema internacional es anárquico, es decir que no existe ningún poder creíble por encima de los estados que forman el sistema internacional. Por otro lado, sostiene que ningún Estado puede estar seguro de las intenciones de otros Estados y que, por tanto, se debe seguir la lógica de ayudarse a uno mismo para ser capaz de asegurar la seguridad nacional. Y finalmente, defiende que este sistema anárquico donde cada Estado busca ayudarse a uno mismo obliga a que dichos Estados persigan la maximización de su poder (Dunne & Schmidt, 2014, p.166). Sin embargo, esta teoría también se centra en analizar la estructura del sistema internacional y la distribución del poder existente, y, asume que las relaciones internacionales dependen de la estructura del sistema, siendo éste, entonces el principal determinante de los comportamientos de los Estados en el escenario internacional.

Por otro lado, esta teoría también creía en la bipolaridad como un sistema distributivo de poder estable y por ello ha sido especialmente útil a la hora de analizar la guerra fría y los patrones de comportamiento de los bloques y de sus líderes (Więclawski, 2011, p. 173). El realismo estructural además se divide en el realismo defensivo y ofensivo, ambos a su vez relacionados con el orden internacional bipolar y que ofrecen diferentes explicaciones y puntos de vista para analizar las políticas exteriores y militares de los Estados. Por un lado, el realismo defensivo persigue la supervivencia del Estado como principal objetivo sin buscar poseer el poder. Por el contrario, el realismo ofensivo asume que la anarquía internacional proporciona unos incentivos para la expansión y que los Estados siempre buscan maximizar su poder relativo, incluyendo una maximización de su poder militar.

No obstante, la caída del bloque comunista y la desintegración de la Unión Soviética han ilustrado los problemas que tiene esta teoría en lo relacionado con la capacidad de anticipar cambios rápidos del orden internacional. Algunos autores señalan que el realismo estructuralista falló al no detectar los determinantes internos de la desintegración de la Unión Soviética (Więclawski, 2011, p. 173). En consecuencia, su capacidad explicativa en el mundo post Guerra Fría, ya no tiene sentido y presenta problemas precisamente al intentar entender y explicar la dinámica de la política exterior rusa y su dificultad de aceptación del nuevo lugar que Rusia ocupa en las relaciones internacionales. En parte esto se debe a que los principales focos de esta teoría,

la importancia dada a la estructura del sistema internacional y la poca atención que se presta a los determinantes internos de los países como por ejemplo los regímenes políticos, no explican ni reflejan la realidad de la política exterior rusa basada en dilemas políticos y ideológicos. Esta política exterior rusa se caracteriza por ser una mezcla compleja de distintos pensamientos: por un lado, la nostalgia del imperialismo soviético, junto con la realidad de la posición geográfica y física que ocupa Rusia al ser el país más grande del mundo; y, por otro lado, las limitadas capacidades económicas del país después del final de la Guerra Fría, alimentado por la posición decadente rusa en el nuevo escenario internacional.

No obstante, el neorrealismo resulta interesante para explicar las limitaciones de la política exterior rusa. Como ya hemos mencionado en el apartado anterior, con el fin de la Guerra Fría, Rusia pierde su hegemonía de superpotencia, su presencia global y pierde la capacidad de influir en los asuntos internacionales. El neorrealismo sostiene que son los jugadores mundiales más importantes quienes dictan las normas internacionales y quienes las imponen sobre el resto, de ahí los intensos esfuerzos rusos por participar en los mecanismos decisorios internacionales.

1.3.3. Realismo Neoclásico

El Realismo Neoclásico es una corriente teórica que pertenece a la tradición clásica realista dentro de las teorías de las relaciones internacionales. Estas teorías realistas intentan explicar la realidad del escenario internacional centrándose en el poder y en las relaciones conflictivas existentes entre los Estados. No obstante, las teorías clásicas defienden que los conflictos y las guerras se explican por variables como la naturaleza humana, la dinámica de las políticas nacionales o por las características del sistema internacional. Sin embargo, el realismo neoclásico defiende que la variable independiente son las presiones competitivas del escenario internacional (Ibrahim & Dawood, 2016). Por otro lado, se describe al realismo estructural como la teoría de las relaciones internacionales que se centra en el nivel sistemático (el factor exterior) del análisis, mientras que el realismo neoclásico se centra en el nivel del estado (factor doméstico) para formular la teoría de la política exterior (Więclawski, 2011, p. 176).

El realismo neoclásico es un acercamiento a la política internacional sosteniendo que el alcance y la ambición de la política exterior de un país se rige ante todo por el lugar que ocupa ese país en el sistema internacional, en concreto por su capacidad relativa de poseer poder material.

Pero, también reconoce la importancia de otras variables, como pueden ser la cultura, los recuerdos históricos o las percepciones y sostiene que juegan un papel importante en la selección y aplicación de la política exterior de un país (Kropatcheva, 2012, p. 31). El realismo neoclásico va un paso más allá del realismo clásico. Este último tiene como uno de sus principales supuestos el pensar que todo Estado busca asegurar su seguridad mediante la maximización del poder estatal, la influencia y la soberanía; es decir, hacen hincapié en la importancia de los factores materiales como una fuerza imperativa de la construcción de la política exterior de los países. No obstante, los realistas clásicos incorporan a esta visión, factores psicológicos o inmateriales como los intereses o los imperativos internacionales.

Resulta entonces una teoría interesante para analizar la política exterior de cualquier Estado debido a que en la actualidad los Estados no necesitan competir por su poder militar, sin embargo, sí que siguen luchando por el estatus, la influencia y el prestigio dentro de un orden jerárquico internacional. En el caso de la política exterior rusa, el realismo neoclásico puede ofrecer importantes explicaciones a los cambios y a la continuidad de ésta, además de explicar los intentos de cooperación y de no cooperación por parte de Rusia. Esta teoría entonces entiende que los intereses de los Estados permanecen más o menos estables a lo largo del tiempo, y que lo que verdaderamente cambia son las preferencias políticas de éstos (Kropatcheva, 2012, p. 32). Estos cambios políticos vienen predeterminados por los cambios que haya en la distribución internacional del poder. Por tanto, en un sistema internacional, la cooperación puede considerarse como una preferencia política siempre que permita aumentar la seguridad, la influencia y el poder de los países (Kropatcheva, 2012, p. 32). Otra concepción interesante del realismo neoclásico es que no entiende que el comportamiento de un Estado deba estar limitado a ser cooperativo o no cooperativo, sino que en realidad sostiene que es adaptativo y que los Estados entre sí se pueden ver a la vez como amenazas y como aliados.

En definitiva, esta teoría sirve para explicar la política exterior rusa en primer lugar por el enfoque que tiene hacia el Estado. Por otro lado, porque se trata de una teoría que define y da importancia a las necesidades externas de un país, trasladado al comportamiento ruso significa que la política exterior rusa hacia Occidente cambia del mismo modo que cambia la política exterior occidental hacia Rusia, porque la posición internacional rusa siempre ha sido extremadamente dependiente del reconocimiento y del poder sostenido por Occidente.

1.3.4. Constructivismo

La idea principal detrás de la teoría constructivista es que las personas actúan hacia objetos o hacia otros actores basándose en el significado que esos objetos tengan para ellos. Esto quiere decir que, en un mundo socialmente construido, la existencia de patrones, de relaciones causa-efecto y de la existencia de Estados en sí mismo, depende en el significado y en las prácticas que los constituyen. Por ejemplo, la soberanía es una institución social en el sentido de que un Estado únicamente puede considerarse como soberano cuando otras personas u otros Estados lo consideran y lo ven como tal (Hurd, 2009, p.300). Algo contrario a lo que el constructivismo defiende como “construcción social” en la política del escenario internacional es el término conocido como “materialismo” que sugiere que los objetos materiales tienen un efecto directo sobre los resultados que en ningún momento está controlado por las ideas de las personas.

Los neorrealistas y los neoliberales tienen una concepción de la política mundial altamente basada en el concepto materialista, ya que buscan entender patrones y los comportamientos internacionales como un resultado de fuerzas meramente materiales, principalmente basándose en el poder militar de los países y en los recursos estratégicos de éstos, ya que según ellos es lo que proporciona poder (Hurd, 2009, p.301). No obstante, para los constructivistas, las creencias, las expectativas y las interpretaciones son conceptos indispensables cuando hablamos de las políticas y asuntos internacionales, y ellos consideran que su importancia es precisamente lo que demuestra que la posición materialista es insostenible.

Los constructivistas argumentan que la agencia y la estructura están mutuamente construida, lo que a la vez implica que las estructuras influyen en la agencia y que la agencia influye en las estructuras (Theys, 2018). La agencia puede definirse como la capacidad de actuar de una persona y la estructura es el sistema internacional constituido por elementos materiales y otros inmateriales. Esto difiere considerablemente de lo que consideran los realistas, quienes sostienen que la estructura anárquica del sistema internacional determina el comportamiento de los Estados, mientras que los constructivistas defienden que este sistema anárquico es el resultado de lo que los Estados deciden hacer con el orden internacional.

Finalmente, cabe mencionar el argumento de la identidad y los intereses como una de las ideas centrales de la teoría constructivista. Defiende que todo Estado puede tener múltiples identidades

construidas y formadas mediante la interacción social con otros actores. Estas identidades son el reflejo de lo que cada Estado entiende que es, lo que a la vez indica los intereses que persiguen. Por tanto, para ellos las identidades constituyen intereses y acciones, por tanto, las acciones de un Estado deben estar completamente alineadas con su identidad ya que un Estado no puede actuar en contra de su identidad (Theys, 2018).

1.4. Objetivos

El objetivo general de este trabajo es llegar a entender comprender la transformación de la política exterior rusa desde la era de Putin, así como la pendular relación entre Estados Unidos y Rusia. Para ello, buscaremos en un primer momento definir en el marco teórico las teorías de las relaciones internacionales relevantes de este trabajo: realismo clásico, neorealismo, realismo neoclásico, y, finalmente, el constructivismo. Una vez entendidos los principales argumentos sostenidos por cada una de las teorías y, en ciertos momentos, incluso aplicados al escenario particular de Rusia, pasaremos a analizar la política exterior de Rusia en el siglo XX.

Para ello, explicaremos brevemente el contexto histórico de Rusia y posteriormente de la Unión Soviética, de manera a introducir el escenario internacional global y la mentalidad rusa una vez terminada la Guerra Fría. Una vez introducido el contexto histórico, resulta relevante explicar la política exterior llevada a cabo por Yeltsin después del desmantelamiento del bloque soviético y las principales líneas que buscó seguir durante su mandato. Más adelante estudiaremos la política exterior de Putin durante sus dos mandatos (2000-2008; 2012-2018) y sus principales focos de interés.

Una vez analizada la política exterior rusa desde el final de la Guerra Fría hasta hoy en día, buscaremos centrar más nuestro objeto principal del trabajo y analizaremos la política exterior de Putin hacia Estados Unidos y las relaciones bilaterales entre ambos actores. Finalmente, usaremos el caso del controvertido papel de Rusia en las elecciones presidenciales de Estados Unidos de 2016 con el fin de ilustrar la política exterior rusa de la era Putin. Para ello contaremos exactamente qué paso y de qué se acusa a Rusia, pero también comentaremos como el ciberespacio se ha convertido en una esfera más de las relaciones internacionales y como es actualmente un ámbito imprescindible del orden internacional. Además, proporcionaremos algunas posibles explicaciones a lo sucedido en las elecciones estadounidenses de 2016 y las posibles motivaciones rusas por las

que decidieron intervenir. Finalmente, reflexionaremos sobre cómo las teorías políticas estudiadas en el marco teórico se han aplicado a este escenario en concreto y como nos permiten entender de una manera más detallada el razonamiento del gobierno ruso.

En consecuencia, en cuanto al límite temporal, se limitará a la época de la política exterior rusa bajo Putin y más adelante, en concreto a las elecciones estadounidenses de 2016.

1.5. Metodología

Con el fin de alcanzar los objetivos del estudio mencionados anteriormente, la metodología se basará en el estudio y la investigación exploratoria de técnicas cualitativas, más concretamente en una revisión de la bibliografía de fuentes primarias y secundarias.

En primer lugar, para definir las teorías de las relaciones internacionales y para explicar la historia de Rusia del siglo XX, se han utilizado fuentes secundarias como “*the Oxford Handbook of International Relations*”. Se trata de las fuentes más fiables encontradas para explicar y analizar estos conceptos que más adelante utilizaremos a lo largo del trabajo.

Sin embargo, para documentar, verificar e ilustrar los aspectos planteados en la literatura secundaria, se ha acudido a fuentes tales como artículos de periódicos, informes, publicaciones oficiales, etc. Estas fuentes han sido también sacadas de bases de datos como Google Scholar, EBSCO o ResearchGate. De manera a encontrar la información adecuada se han utilizado palabras y conceptos clave tales como “Historia de Rusia”, “Rusia en el siglo XX”, “Unión Soviética”, “política exterior de la Unión Soviética”, “Guerra Fría”, “relaciones bilaterales entre Estados Unidos y Rusia”, “política exterior rusa bajo Gorbachev”, “política exterior de Yeltsin”, “Putin”, “Putin y su política exterior”, “Putin primer mandato”, “Putin segundo mandato”, “elecciones estadounidenses de 2016”, etc.

Debido al carácter moderno de algunos conceptos ilustrados en este trabajo, como la posible intromisión rusa en las elecciones estadounidenses de 2016, hemos acudido a artículos científicos y a trabajos de investigación, además de a reportes de conferencias de organizaciones internacionales tales como alguno de la OTAN. Asimismo, estas reflexiones y trabajos de investigación analizados han permitido construir una imagen más amplia y entender las acusaciones hechas a Rusia en cuanto a su interferencia en las elecciones presidenciales

estadounidenses de 2016. Gracias a la lectura y al análisis de estos documentos hemos podido identificar ciertos motivos por los que Rusia argumentaría su interferencia en un proceso electoral.

2. Rusia en el siglo XXI

2.1. Contexto histórico

Durante el siglo XX, el escenario internacional fue testigo de crecientes tensiones a nivel mundial, acentuadas por el nacimiento de nuevas potencias industriales y comerciales. La República Socialista Federativa Soviética de Rusia (R.S.F.S.R) nació en 1918 bajo el liderazgo de Lenin y en 1922, se firmó un tratado entre Rusia, Ucrania, Bielorrusia y Georgia que dio lugar a la creación de la Unión Soviética. El objetivo primero del Partido Bolchevique era el de alcanzar la utopía comunista que Marx y Engels previeron en el *manifiesto comunista*. El sistema político que surgió en consecuencia estaba caracterizado por la presencia de un único partido que tendría absoluto control sobre los ciudadanos. El Estado Soviético fue estructurado bajo un Gobierno y una economía altamente centralizados. Stalin subió al poder después de la muerte de Lenin en 1924 y gobernó la Unión Soviética hasta su fallecimiento en 1953. La dictadura estalinista se caracterizó por instaurar el terror mediante brutales medidas políticas que dejaron millones de muertes de ciudadanos rusos. Durante su gobierno, Stalin decidió transformar el país de una sociedad agraria a una superpotencia industrial y militar.

Durante la Primera Guerra Mundial, Rusia y Estados Unidos lucharon en bandos aliados, sin embargo, después de las revoluciones de 1917, su relación se vio alterada debido al no reconocimiento del Gobierno Soviético por parte de Estados Unidos (Presidential Library, 2018). Las relaciones comerciales fueron oficialmente establecidas entre ambos países el 17 de noviembre de 1933 debido a que Estados Unidos aceptó que el no reconocimiento de la Unión Soviética no impidió que el comunismo siguiese estando presente en la Unión Soviética y, además, Estados Unidos debía de hacer frente a desafíos internacionales de carácter económico y diplomático que requerían de la cooperación soviética (U.S. Department of State, s.f.).

Durante la Segunda Guerra Mundial, de nuevo la URSS y Estados Unidos lucharon contra un enemigo común, Alemania. Sin embargo, después de la derrota Alemania y de ideología fascista, el mundo entró en una época fuertemente caracterizada por la bipolaridad (Glazunova, U.S.-Russian Relations: Dissonance of Ideologies, 2018). En 1941, la agresión nazi contra la URSS convirtió al régimen soviético en un aliado de las democracias occidentales, pero en el mundo de la postguerra, las diferencias ideológicas se hicieron cada vez más visibles hasta que al final fueron intolerables (UNILU, 2016). La política exterior soviética después del final de la Segunda Guerra

Mundial se caracterizó por estar construida bajo una serie de supuestos de la doctrina Leninista. Entre dichas afirmaciones encontramos la necesidad soviética de reemplazar el capitalismo por el sistema comunista, de manera a conseguir el buscado progreso social. Por otro lado, la Unión Soviética culpo a las potencias imperialistas como principales causantes de las dos guerras mundiales. Esta visión permitió al sistema comunista argumentar su posición antioccidental y sostener sus diversas políticas destinadas a desestabilizar progresivamente el sistema occidental (CIDOB, 2010).

El final de la Segunda Guerra Mundial trajo consigo varias consecuencias, entre las cuales cabría destacar la redefinición de la posición de la Unión Soviética en el escenario internacional. La URSS se convirtió en uno de los países con más influencia en el mundo, sin embargo, era plenamente consciente de que carecía de un poder económico suficiente o incluso comparable como el que tenía Occidente. Por ello, durante la primera etapa de la postguerra, la Unión Soviética buscaba presentarse como un actor cordial y colaborativo frente al resto de países, impulsado en parte por la creación de un movimiento antifascista generalizado. Sin embargo, dicha coalición no duró mucho tiempo y enseguida la Unión Soviética decidió aprovechar cualquier oportunidad para ganar poder e influencia sobre la Europa del Este. Como principal adversario y defensor del mundo democrático y liberal, surgió Estados Unidos (UNI.LU, 2016).

La Guerra Fría representó la forma más completa del conflicto ideológico entre Rusia y Estados Unidos. Se apeló al poder militar y al poder blando de ambos estados para expandir sus valores morales, su forma de ver el mundo y la legitimidad de las dos superpotencias. La realidad es que la guerra fría representó una rivalidad entre dos sistemas sociales y dos modos de vivir completamente alternativos, el capitalismo y el socialismo (Glazunova, U.S.-Russian Relations: Dissonance of Ideologies, 2018). Los Estados Unidos y la Unión Soviética construyeron gradualmente sus propias zonas de influencia, dividiendo el mundo en dos campos opuestos y separándolo por el telón de acero. Europa quedó completamente dividida, la parte occidental apoyada por los Estados Unidos, y la parte oriental controlada y gobernada por la URSS. Por ello, la Guerra Fría no fue un conflicto bilateral, sino que fue un conflicto de carácter mundial, centrado más especialmente en el continente europeo.

En 1953, con la muerte de Stalin, la política exterior soviética sufrió algunos cambios radicales. El sucesor de Stalin, Nikita Khrushchev, decidió implantar una política más conciliadora

y pacífica con Occidente y cuestionó la viabilidad de exportar la revolución comunista al extranjero. Esta coexistencia pacífica se debe a que ambos lados querían evitar la guerra como medio para resolver los conflictos políticos y la carrera de armamentos era vista como algo inútil y derrochador. Con la llegada del nuevo Secretario General en 1964 al Kremlin, Leonid Brezhnev, se buscó expandir la esfera de influencia geopolítica controlada por la URSS soviética, un claro ejemplo fue la invasión soviética de Checoslovaquia en 1968 (CIDOB, 2010).

En cuanto a las relaciones con Occidente, a pesar de que durante la primera parte de los años 50 las relaciones entre ambos bloques habían alcanzado un cierto grado de paz y coexistencia, la desconfianza y la oposición ideológica entre ambos superpoderes hizo que surgiesen conflictos que llevaron de nuevo al límite de la paz y seguridad internacional. Entre ellos encontramos las tensiones crecientes sobre el estatuto de la ciudad de Berlín, que terminaron con la construcción del muro de Berlín en 1961, separando definitivamente el cruce entre lo que era Oriente y Occidente. Además, la Guerra Fría alcanzó otro punto crítico durante los años sesenta con el conflicto de los misiles en Cuba. En 1963, se instauró el famoso “teléfono rojo” entre Washington D.C. y Moscú con el fin de entablar conversaciones entre las dos grandes potencias y así limitar la carrera de armamento (UNI.LU, 2016). Hacia el fin de los años setenta, los dos bloques intentaron extender sus respectivas influencias, entre otros acontecimientos, la invasión de Afganistán en 1982 por la Unión Soviética trajo consigo un consecuente enfriamiento de las relaciones con Estados Unidos y hacia finales de los años ochenta, el mundo se caracterizó por otra carrera de armamento (UNI.LU, 2016).

Finalmente, la caída del muro de Berlín en noviembre de 1989 supuso el final de la Guerra Fría, y, por tanto, de las respectivas divisiones y alianzas. El colapso de la Unión Soviética en 1991 trajo consigo un cambio profundo en el equilibrio del poder mundial. Supuso el final de la rivalidad entre dos bloques que proyectaron su lucha sobre todas las esferas de los asuntos internacionales. Supuso el fin de una era marcada por la amenaza de una posible inminente guerra mundial y con una limitada cooperación internacional. Se dice que el colapso del bloque soviético fue debido a las políticas de “glasnost” y la política de la “perestroika” perseguidas por su entonces líder, Mikhail Gorbachev (Aboyade, 2018).

La disolución de la Unión Soviética en 1991 significó su salida del ámbito internacional, dejando a los Estados Unidos como la única superpotencia que dictaría de ahora en adelante el

curso y el funcionamiento del sistema internacional (Aboyade, 2018). Con el fin de la URSS en 1991, las 15 antiguas repúblicas soviéticas pasaron a convertirse en estados independientes. Rusia, siendo el estado más grande y más poderoso, heredó el lugar de la URSS en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, y asumió el papel del principal sucesor de la Unión Soviética. Sin embargo, la década de los noventa fue una década de gran dificultad en Rusia debido a los graves problemas económicos y políticos que tuvo que afrontar. La caída del bloque comunista dio nuevas libertades a los rusos y permitió que el país finalmente se abriese al Oeste (University of Chicago, 2017).

La política exterior de la Unión Soviética perseguida por Gorbachev cambió por completo el enfoque que había tenido hasta entonces: basado en el concepto marxista-leninista que argumentaba de la existencia de un conflicto irreconciliable entre el mundo capitalista y el mundo comunista. Es más, Gorbachev opinaba que la política exterior de un país debía recaer sobre la cooperación en vez de utilizarse como un medio para reestablecer el balance militar en el mundo. En definitiva, Gorbachev buscó poner fin a la Guerra Fría con Occidente para así poder estimular la economía soviética. Para conseguir estos objetivos, el líder soviético tuvo que acceder a resolver algunos conflictos regionales y negociaciones como por ejemplo en 1987, la Unión Soviética accedió a eliminar sus misiles de corto alcance en Europa y firmó con Reagan en Washington el Tratado de las Fuerzas Nucleares de rango Intermedio (INF) para garantizar sus obligaciones y que reduciría substancialmente el arsenal militar soviético. (Cherniaev, 2007). Además, firmó varios acuerdos principalmente con Estados Unidos con el fin de promover la reunificación de Alemania y mediante la adopción de la Carta de París que buscaba construir una Europa nueva, el objetivo de fomentar mejores relaciones entre Este y Occidente (Aboyade, 2018).

Por otro lado, Gorbachev rechazó la Doctrina impuesta por Brezhnev que hemos explicado en apartados anteriores, es más declaró durante un discurso ante el Consejo Europeo el principio del derecho soberano de cada pueblo a elegir su sistema social (CIDOB, 2010). En consecuencia, la Unión Soviética no intentó seguir extendiendo geográficamente el régimen comunista en Europa Occidental. Es más, en enero de 1991 se disolvió el Consejo de Asistencia Económica Mutua y la Unión Soviética fue retirando progresivamente sus tropas de Europa Central y Oriental (por ejemplo, de Hungría a mediados de 1991 y de Polonia durante 1993). Tampoco se opuso a la reunificación alemana, como ya hemos mencionado anteriormente, sino que incluso realizó un acuerdo en 1990 con el Canciller alemán para permitir su adhesión a la OTAN. (CIDOB, 2010).

Durante este periodo, las relaciones entre Estados Unidos y la URSS mejoraron considerablemente hasta el punto de que ambos líderes, el presidente George H.W. Bush y Gorbachev, declararon el final de la Guerra Fría durante una cumbre en Malta. (CIDOB, 2010). Firmaron a finales del año 1990 contando también con muchos países europeos, el Tratado de las Armadas Convencionales en Europa (FACE) que establecía límites en algunas categorías del equipamiento militar convencional en Europa; y, por otro lado, firmaron Estados Unidos y la Unión Soviética el Tratado de Reducción de Armas Estratégicas (START I) por el cual ambos bloques acordaron la reducción considerable de muchos misiles intercontinentales. (Cherniaev, 2007).

La nueva corriente de pensamiento en la que se basó Gorbachev para determinar su política exterior tuvo como resultado que la Unión Soviética estableciera relaciones diplomáticas con países como Corea del Sur, Arabia Saudita e Israel. Y con el objetivo de realizar un acercamiento considerable hacia China, Gorbachev retiró sus tropas de Afganistán, redujo el despliegue de tropas soviéticas a lo largo de la frontera norte con China y quitó el apoyo a la presencia militar vietnamita en Camboya. En consecuencia, ambos líderes finalmente realizaron un encuentro en Beijing en 1989. (CIDOB, 2010).

2.2. Política Exterior Rusa bajo Yeltsin

Después del final de la Guerra Fría y del derrumbamiento de la Unión Soviética a finales de 1991, Rusia fue reconocida por numerosos actores internacionales, entre ellos Estados y organizaciones internacionales, como el principal y único sucesor de la URSS. Se caracterizará entonces, como un Estado independiente que tendría que definir y aclarar su estrategia de política exterior. El objetivo principal de la política exterior que quería llevar a cabo Boris Yeltsin era ser capaz de crear un ambiente externo que no fuera amenazante para así garantizar el desarrollo económico y político interno del país. De la misma forma que durante las primeras décadas del gobierno de la Unión Soviética, Rusia mantuvo una política exterior estable centrada en acomodarse, reducir y evitar riesgos, sobre todo con los países más allá de la antigua frontera de la Unión Soviética. (Donaldson, 2000, p.289).

La caída del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS), de la ideología marxista-leninista en la que se basaba, junto con la desintegración de la URSS, hizo que cuando Yeltsin

llegó al poder, se encontró a un país en pleno proceso de redefinición de su identidad nacional. Además, después de la desintegración de la Unión Soviética, el pueblo ruso quedó dividido con más de veinte millones de ciudadanos rusos esparcidos en las repúblicas exsoviéticas. Por tanto, el pueblo ruso no estaba únicamente experimentando cambios geopolíticos, sino que también eran conscientes del declive y de su actual debilidad frente a Estados Unidos y en comparación con el estatus que tenía la Unión Soviética. En parte este sentimiento de inferioridad se explica por la sensación de que las reuniones con los líderes occidentales, primero llevadas por Gorbachev y luego por Yeltsin, eran percibidas como suplicantes de ayuda extranjera (Donaldson, 2000, p.289). En definitiva, el Oeste apareció como el principal aliado político de Rusia, como el prototipo a seguir para conseguir un estable y creciente desarrollo económico y político y como una fuente potencial de ayuda financiera que era necesaria para poder llevar a cabo las reformas económicas (CIDOB, 2010, p.224).

En consecuencia, Yeltsin vio la necesidad de articular un propósito nacional en la política exterior de la nueva Rusia. Para ello, asignó a principios de 1992, la tarea de definir los principios básicos que fundamentaran la política exterior de la nueva Rusia al Ministro de Relaciones Exteriores, Andrei Kozyrev. Las principales ideas de Kozyrev fueron centradas hacia una mayor participación rusa en las instituciones internacionales, hacia la promoción de los derechos humanos y los valores universales de la seguridad económica, medioambiental y nuclear. Esta visión del mundo reconocía, por tanto, la posición central de los Estados Unidos como el verdadero poder global. La única forma de conseguir que la nación rusa prosperase y de cumplir sus objetivos era mediante la transformación de la nueva Rusia hacia un estado democrático. Por ello, durante la primera etapa de 1992, no solo Kozyrev, sino también el presidente Yeltsin y el Primer Ministro Yegor Gaidar, quién fue responsable de la reforma económica, expresaron consistentemente su opinión acerca de las democracias occidentales, siendo para ellos un modelo ideal a seguir y un socio clave que Rusia tendría que tener. Y es que se pensaba que una sociedad unipolar internacional constituiría el sistema necesario para equipar y facilitar el empuje de globalización y promover una mayor unificación a nivel mundial.

Las premisas de este pensamiento se basaban en que Rusia tenía que abandonar su tradición de distinguirse del resto de países y sus ilusiones de desempeñar un papel esencial entre Europa y Asia, además, de evitar toda tentación de liderar en la Comunidad de Estados Independientes (CEI) dado que desaceleraría las reformas orientadas a integrarse con las instituciones europeas y

atlánticas (Donaldson, 2000, p.291). Sin embargo, junto a esta corriente de pensamiento, también existía otro punto de vista más nacionalista o centrado en Asia. El principal defensor de esta nueva corriente era Sergei Stankevich, un asesor presidencial, que consideraba que Rusia estaba separada y era distinta de Occidente y tenía una misión especial de servir de puente entre las civilizaciones occidentales y orientales. Stankevich no buscaba dar la espalda a Occidente, simplemente era consciente del pequeño papel que podría desempeñar Rusia de convertirse en un socio suyo, y por ello, decidió que era crucial centrarse en defender a su población y la herencia rusa en los estados miembros de la antigua Unión Soviética (Donaldson, 2000, p.291).

Hacia finales del año 1992, debido a una serie de acontecimientos exteriores, como la guerra en Yugoslavia, la expansión de la OTAN o incluso la intensificación de los bombardeos por parte de la OTAN de objetivos serbios en 1995, junto con la decepcionante respuesta occidental a las solicitudes de ayuda económica de Rusia, desencadenaron una mayor crítica interna. En consecuencia, se empezó a contemplar el punto de vista de los “nacionalistas pragmáticos” (que buscaban recrear el imperio ruso) e incluso empezaron a surgir movimientos más bien caracterizados por ser fundamentalistas. Estos últimos, defendían abiertamente su oposición clara al acercamiento ruso hacia Occidente, y definían la nación rusa basándose en términos étnicos en vez de cívicos. Debido al creciente descontento, abogaban por la creación de un estado imperial fuerte y autoritario en Rusia. Finalmente, en abril de 1993, Yeltsin puso de manifiesto en su política exterior el abandono total del acercamiento hacia Occidente y su convergencia hacia las ideas defendidas por el “nacionalismo pragmático” (Donaldson, 2000, p.292).

Este documento recoge nueve intereses principales que busca Yeltsin perseguir en materia de política exterior, la mayoría de ellos dedicados a la integración con los países que formaban parte de la Unión Soviética. Por el contrario, de esos nueve, únicamente uno va dedicado al mundo más allá de las fronteras de la antigua URSS, es decir al mundo Occidental (Estados Unidos) y dejaba claro las diferencias entre los intereses nacionales de ambos bandos. Por otro lado, en relación con Asia Pacífica, buscaba priorizar la consolidación del avance en las relaciones con China y la normalización de las relaciones con Japón. Además, expresa su miedo a la proliferación nuclear en la península coreana y en el subcontinente indio, y, en Oriente Medio llamó a la búsqueda de una solución al conflicto árabe-israelí, entre otras cosas (Donaldson, 2000, p.293).

Kozyrev renunció a su puesto en 1996, y su sucesor, Yevgeniy Primakov, presentó una política exterior que estaría entonces basada en la idea de la existencia de una multipolaridad en el mundo. Esta idea provenía de los numerosos inconvenientes que Primakov y otros políticos rusos consideraban que se habían producido debido a la unipolaridad, como, por ejemplo, la intervención de la OTAN en los Balcanes (CIDOB, 2010, p.224). Las ideas defendidas por Primakov englobaban esencialmente volver a conseguir cierto equilibrio de poder mediante una nueva consolidación de Rusia en el espacio postsoviético desafiando así la hegemonía global encabezada por Estados Unidos.

2.3. Política Exterior Rusa bajo Putin 2000-2008

Rusia entró en el siglo XXI con una mezcla de sentimientos encontrados: por un lado, la sensación de ser un actor internacional independiente, autónomo e incluso considerado como miembro de Occidente, pero en ningún momento integrado en las instituciones Occidentales como la OTAN, ni tampoco constituyendo el corazón del imperio Oriental. La realidad es que a medida que Rusia se acercaba a la década de los años 2000, buscó alejarse de Occidente para así recuperar el poder y el prestigio que perdió durante la Guerra Fría. La llegada de Putin al poder ayudó a impulsar este proceso, en parte debido a que fue capaz de controlar y de consolidar su poder político doméstico (Govella & Aggarwal, 2012).

La gran diferencia entre las políticas llevadas a cabo por Putin y las que tomó Yeltsin fue la agresividad y su papel más activo que buscaban traer de vuelta la influencia perdida como jugador en el escenario internacional. Un año después de ser elegido como Primer Ministro en 1999, Putin ya se había convertido en presidente y, desde entonces, a través de una política exterior pragmática y asertiva, Putin amplió su red de aliados, buscando aliarse con Estados de pensamiento similar al suyo, para evitar que Estados Unidos asumiera una posición global dominante. Desde ese momento, la influencia de Putin hizo que Rusia emergiese lenta y continuamente hasta volver a convertirse en una de las potencias más fuertes y determinantes de la política mundial. Es más, la economía paso de representar un 4.3% en 2001 a un 7.1% en 2003, con una moneda estable, repagando deudas internacionales, con una inflación considerablemente reducida, todo ello permitiéndole tener superávits comerciales y económicos (Srinivas, 2017).

Esta rápida recuperación de la economía nacional rusa hizo que, durante el primer mandato de Vladimir Putin, redujo la dependencia rusa de asistencia económica extranjera y, en consecuencia, hizo que Rusia pudiera ofrecer una mayor resistencia y oposición a aquellas políticas occidentales chocantes con los ideales rusos. Debido a que, durante la década de los años 90, se sintiera la necesidad de someterse a occidente y la percepción de desprecio hacia los intereses rusos, sirvió de principal motivo para que Putin convirtiese la reafirmación de Rusia como gran potencia en el pilar de su política exterior (CIDOB, 2010, p.225).

2.3.1. Antagonismo a la hegemonía estadounidense

Al principio de la presidencia de Putin, se pensaba que las relaciones entre ambos países iban a prosperar debido a la inclinación durante los primeros días de su presidencia, a entablar lazos más estrechos con Estados Unidos. En abril del año 2000, convenció al Duma de poder ratificar el START II, un tratado que preveía una reducción significativa de misiles nucleares tanto por parte de Estados Unidos como por parte de Rusia, antes del 2007. Sin embargo, la retirada estadounidense del Tratado Antimisil de 1972 fue percibida en Rusia como una búsqueda de la supremacía militar americana a expensas de otros países y terminó resultando en la retirada rusa del START II. Por otro lado, la realidad es que la búsqueda mutua de una mayor regulación nuclear a nivel mundial no fue el único punto de cooperación; en 2001, con los ataques terroristas a las torres gemelas ambos países volvieron a unirse esta vez para combatir el terrorismo. Además, Rusia también mostró su apoyo a la intervención de la OTAN en Afganistán y apostó por una mayor cooperación y búsqueda hacia el desarme (CIDOB, 2010, p. 225).

Cuando la intención estadounidense de atacar Irak se hizo clara, Putin, apoyado por el líder alemán, Gerhard Schröder, decidió bloquear la resolución que Estados Unidos presentaría más tarde en la ONU para autorizar y legalizar la guerra en Irak. Su principal argumento se basaba en que defendía la lucha contraterrorista, sin embargo, no consideraba la guerra en Irak como una solución. Esta participación rusa en la guerra contra el terror y unido de la mano con los intereses nacionales rusos, dieron legitimidad a la política llevada en Chechenia. Pero, además, la involucración rusa nunca fue tan expansiva como la americana: a pesar de apoyar la operación de la OTAN en Afganistán, Rusia nunca contribuyó con tropas nacionales; tampoco sacrificó su

asociación comercial de tráfico de armas con Irán y Siria, a pesar de que Estados Unidos les acusara de apoyar firmemente el terrorismo (CIDOB, 2010, p. 225).

Debido a que Rusia estuvo constantemente criticando el sistema de las relaciones internacionales hasta entonces instaurado por Estados Unidos y basado en el unilateralismo, Rusia propone su propia idea del orden óptimo mundial basado en la multipolaridad democrática. El concepto del Kremlin de multipolaridad fue criticado por muchos expertos rusos, ya que señalan que podría promover conflictos entre países de polos opuestos lo cual podría poner en peligro la estabilidad de la seguridad internacional. Entre las principales consecuencias específicas que enumeran podríamos destacar un mayor conflicto con Oriente Medio o incluso el avance militar de China y Corea del Norte.

2.3.2. Los intereses regionales rusos

Desde que Putin llegó al Kremlin, Rusia prestó y declaró que el espacio postsoviético sería de especial interés. El principal punto de cooperación fue el transporte energético, que se trasladó a la firma de numerosos acuerdos intergubernamentales con países como Kazajstán, Azerbaiyán, Uzbekistán y Turkmenistán, buscando una cooperación más profunda en términos de petróleo y de gas y buscando una reducción de los aranceles para así fortalecer el comercio. Sin embargo, La Revolución de las Rosas en Georgia en noviembre de 2003, junto con la Revolución Naranja en Ucrania en 2004, fueron las primeras oposiciones y golpes a la política del fortalecimiento de la influencia rusa en el espacio postsoviético. Rusia vio estos dos acontecimientos como el resultado de la intervención americana en las elecciones presidenciales de ambos países para imponerse en las fronteras de Rusia. En consecuencia, el Kremlin reaccionó negativamente ante la posibilidad de incorporar a Georgia y Ucrania a la alianza de la OTAN (CIDOB, 2010, p. 226).

Las relaciones entre Rusia y Georgia fueron desde que ambos países se independizaron, complicadas, y terminaron resultando en una completa hostilidad. Una vez alcanzada la independencia en Georgia, el gobierno vio el nacimiento de movimientos separatistas en dos de sus repúblicas, Sur Osetia y Abjasia. De manera a prevenir posibles consecuencias, emprendieron ataques armados lo que llevó a que ambas repúblicas pidiesen ayuda y protección al gobierno ruso. Rusia medió en aquel entonces el alto al fuego y estableció una misión pacificadora en ambas repúblicas, sin embargo, el gobierno georgiano dudoso de las intenciones rusas redobló sus

esfuerzos por mantener una distancia considerable con el Kremlin. Georgia demandó durante muchos años la retirada de las tropas rusas de sus dos repúblicas ya que daban soporte económico a la región y lo único que intensificaban era el deseo secesionista. Las tensiones crecieron de tal manera que, en 2006, Georgia arrestó a varios oficiales rusos y en respuesta, Rusia introdujo un régimen de visado e impuso un embargo en la importación de bienes georgianos. Por el lado de las relaciones entre Rusia y Ucrania, el principal motivo de desacuerdo ha sido el tránsito ruso de gas a Europa y la presencia rusa en la península ucraniana de Crimea. Tanto en 2006 como en 2008 y 2007, Rusia decidió cortar la oferta de gas a Ucrania y terminó también provocando un corte de las provisiones a los consumidores europeos. Rusia basó sus motivos en una lógica puramente racional mientras que Ucrania acusaba a Rusia de llevar a cabo una diplomacia motivada por intereses energéticos. En 2009, finalmente Putin y el presidente ucraniano Yulia Timoshenko llegaron a un acuerdo por el que Rusia establecería precios de mercado a Ucrania mientras que Ucrania incrementaría el precio del tránsito hacia Europa en un sesenta por ciento (CIDOB, 2010, p.226).

Las difíciles relaciones anteriormente explicadas, entre Rusia y sus dos países fronterizos, así como con sus dos principales rivales Occidentales, llevaron a pensar que Rusia se quedaría en el futuro completamente marginalizada y aislada de la política internacional.

2.3.3. Rusia y el sector energético

El recorrido favorable de los precios de las materias primas, especialmente del petróleo y del gas, ha tenido un efecto notable en cuanto al desarrollo económico y político de Rusia. En consecuencia, se creó el término actualmente usado de “superpotencia energética”, el cual describe a Rusia ya que considera que su suministro de energía es uno de los más importantes del mundo y le ofrece una ventaja comparativa significativa. La realidad es que, la estrategia de Putin se ha basado altamente en esta ventaja comparativa y ha recibido numerosas críticas ya que ha sido usada como un instrumento político para influir tanto en los países recibidores y consumidores de energía como en aquellos afectados por el tránsito.

La controversia de las políticas energéticas de Putin proviene de la discordancia con la Rusia del pasado que ofrecía condiciones excepcionales de entrega de gas y de petróleo a un limitado número de países que consideraba como sus aliados estratégicos, y desde luego, nunca basándose

en los precios del mercado. Sin embargo, en 2005, Putin anunció su decisión de unificar su política mediante el ajuste de los precios de manera que sea equivalente entre todos los consumidores, incluyendo Ucrania y Bielorrusia. Se consideró como un movimiento político debido al descontento ruso con las Revoluciones Naranjas de 2005. No obstante, numerosos funcionarios rusos estipulaban que se trataban de medidas tomadas única y en función de los intereses económicos del país (CIDOB, 2010, p. 227).

En cuanto a la política exterior rusa durante el mandato de Dimitry Medvedev, cabría mencionar su idea esencial basada en la integración de Rusia en la comunidad internacional de la misma manera que la Unión Europea y la OTAN, pero sin deshacerse de su, hasta ahora existente, política internacional basada en la búsqueda de los intereses nacionales rusos. Los documentos escritos por Medvedev, entre los cuales se encuentran el Nuevo Concepto de la Política exterior rusa, aprobado a mediados de 2008 y la Estrategia de Seguridad Nacional rusa hasta 2020, publicado en 2009 (CIDOB, 2010, p.227). Dichos documentos substituyen versiones anteriormente adoptadas ya por Putin, que defendían el establecimiento de un nuevo orden internacional mundial basado en una toma de las decisiones conjunta, la indivisibilidad de la seguridad y la primacía de la ley internacional, mientras al mismo tiempo Rusia seguía salvaguardando alguna esfera considerada de sus intereses privilegiados (CIDOB, 2010, p.227). Estos documentos buscan volver a darle importancia al papel de Rusia en el escenario internacional, ya que su estatus internacional existente, no se empareja con el verdadero potencial del país. Se trata, por tanto, de un mandato en el que se considera que existe cierta continuidad con las políticas ya empezadas de Putin, y esto se ve reflejado en que, durante estos años, Putin ejerció el cargo de Primer Ministro de Rusia.

2.4. Política Exterior de Rusia bajo Putin 2012 - 2018

Después de que la reelección de Vladimir Putin como presidente en 2012, se produjo un cambio radical en la política exterior de Rusia, algunos signos de ello se produjeron incluso durante los años anteriores. La élite gobernante rusa llegó a la conclusión de que era necesario y de que había llegado el momento de transformar el país en un verdadero centro del mundo multipolar. La realidad es que se produjo un cambio en el equilibrio de poder del escenario internacional: aquella capacidad de Occidente de dominar la economía mundial estaba disminuyendo y, en consecuencia,

el poder se estaba desplazando hacia el Este debido al surgimiento de nuevos jugadores internacionales. La crisis financiera mundial de 2008 y las complicaciones que surgieron en la Unión Europea con la crisis de Grecia, fueron prueba irrefutable del colapso de la eurozona y de la UE, y del cambio de poder en la escena internacional. Por otro lado, nuevos actores como los BRICS demostraron grandes avances económicos y tomaron asimismo importancia.

El descontento ruso con el orden mundial hasta entonces unipolar surgido como resultado del sistema bipolar, se hizo evidente desde el final de la presidencia de Yeltsin. Algunas de las manifestaciones fueron la marcha de los paracaidistas rusos sobre Pristina durante la crisis de Kosovo en 1999, y las duras declaraciones de Yeltsin durante su última visita a China (Khudoley, 2016, p.392). Durante la Conferencia de Múnich de 2007 sobre la Seguridad, el orador declaró inequívocamente que Rusia no se consideraría obligada a seguir las normas que fueron establecidas sin su participación. Además, en agosto de 2008, el liderazgo ruso declaró su disposición a entrar en un conflicto militar en Georgia, algo que fue inesperado no solo para los países Occidentales, sino también para muchos otros. Cuando se produjeron las elecciones presidenciales rusas de 2012, los principales dirigentes reiteraron durante sus declaraciones la necesidad que ellos veían de hacer cambios radicales en la política mundial y ofrecían la posibilidad de establecer un sistema con estructuras nuevas que substituyan a aquellas establecidas por Estados Unidos y sus aliados (Khudoley, 2016, p.392).

2.4.1. Rusia y Occidente

Las diferencias y los conflictos con Occidente se fueron creando durante los años anteriores al comienzo de la presidencia de Putin. Mientras que las diferencias con Estados Unidos se hicieron públicas, en el caso de las relaciones entre Rusia y la Unión Europea, la situación parecía segura y las crecientes tensiones se fueron ocultando hasta que se desató la crisis de Ucrania. En consecuencia, parece relevante notar que las relaciones entre Rusia y Occidente serán antagónicas en casi todas las esferas. En un primer momento, existen situaciones en las que ambos bandos se encontrarán tan opuestamente como durante la Guerra Fría, como por ejemplo la confrontación en Georgia en agosto de 2008, y más tarde en Ucrania y Siria.

La confrontación entre Rusia y la UE sobre Ucrania se basaba en la decisión de si Ucrania debía integrarse a la Unión Económica Europea o Euroasiática. Para Rusia se trataba de una

decisión no solo política sino también militar debido a que, bajo el mandato de la Unión Soviética, las fuerzas militares de ambos países se integraron en un todo. Además, el Kremlin buscaba detener las revoluciones de colores en Kiev, por el miedo de que pudiesen contagiarse o tener consecuencias negativas en la política doméstica rusa. La mayoría de las potencias Occidentales y muchas organizaciones internacionales (la OTAN, las Naciones Unidas, el Parlamento Europeo, etc.) condenaron la incorporación de Crimea como un acto de anexión. En consecuencia, se terminaron adoptando múltiples resoluciones al respecto y ciertos países como EE.UU., Canadá, Australia y al Unión Europea impusieron sanciones a la economía rusa (Khudoley, 2016, p.397).

La intervención militar rusa en el conflicto sirio de 2015 marca la primera vez que hace uso de sus fuerzas armadas y además se trata de una significativa manifestación de los objetivos buscados por su nueva política exterior. Esto se debe a varios motivos, en primer lugar, en Moscú veían cualquier victoria de las revoluciones de colores como una amenaza directa a su poder, pero, además, su participación en este conflicto demuestra que Rusia es una potencia mundial y no solo regional, lo cual le permite reforzar su posición en las distintas conversaciones abiertas que tenía como el conflicto de Ucrania frente a Occidente (Khudoley, 2016, p.397). finalmente, otro argumento motivante de dicha intervención es la preocupación rusa por el crecimiento y la expansión de movimientos terroristas y sus potenciales consecuencias si se llevara a cabo un acto terrorista dentro del país. La lucha contra el terrorismo perseguida en Oriente Medio se divide entre dos bandos: por un lado, Estados Unidos con más de cincuenta países aliados, y por otro lado está Rusia con Irán y Siria. Ambos bandos mantienen firmes diferencias, no solo en cuanto a la definición sino también en cuanto a los apoyos que buscan y a sus intereses sobre la futura política y gobierno del país (Khudoley, 2016, p.398). La realidad es que no se pueden descartar escenarios futuros en los que haya nuevos conflictos regionales y donde Rusia y Occidente se encuentren en bandos opuestos.

Por otro lado, las relaciones entre Rusia y Occidente también se han visto deterioradas en el ámbito político y se han caracterizado por tener dos componentes clave: la búsqueda de una reducción de contratos entre ambas partes y en la consecución de ciertos pasos para reducir la influencia rusa en los asuntos internacionales. De manera a ejemplarizar ambos componentes, cabría destacar que los siete países democráticos más desarrollados de Occidente se negaron a realizar la cumbre del G8 en Sochi y decidieron reanudar su actividad sin la participación rusa; pero, además, la mayoría de los Estados del Oeste se niegan a tener conversaciones con Rusia, con

la excepción de reuniones que busquen solucionar el conflicto ucraniano. Asimismo, se busca retirar permanentemente el derecho de voto de los miembros del Consejo de Seguridad, algo que debilitaría particularmente a Rusia ya que su derecho de veto es hoy en día uno de los pocos atributos característicos de una superpotencia que sigue manteniendo.

Asimismo, el cuerpo diplomático ruso buscaba aprovechar cualquier situación de conflicto, tensión o discordancia entre el propio Occidente, y en particular a las relaciones entre Estados Unidos y la Unión Europea. Momentos como la crisis de Iraq de 2003, donde Francia y Alemania se unieron a Rusia para oponerse a la invasión estadounidense, daban a entender a Rusia que quizás la cooperación entre ambos bandos podía verse afectada e incluso acabar, además de esperar una clara oposición a las sanciones impuestas a Rusia. No obstante, a pesar de que ninguna de estas suposiciones se hizo realidad, Rusia decidió empezar a establecer relaciones bilaterales con algunos miembros de Occidente que no firmaron las sanciones, entre ellos podemos encontrar a Nueva Zelanda o incluso a Corea del Sur, entre otros (Khudoley, 2016, p.399).

Sin embargo, la realidad es que existen ciertas cuestiones que hacen imposible aislar totalmente a Rusia del escenario internacional, como por ejemplo la firma del Acuerdo sobre el Programa Nuclear de Irán, que habría sido imposible sin la participación rusa. En consecuencia, podríamos decir que Rusia se ha encontrado semi aislada, debido a la cierta pérdida de influencia sufrida en algunas cuestiones, pero también debido al fallo occidental de separarle del escenario internacional.

En lo que respecta a las relaciones militares, podríamos decir que se trata de la primera vez que vuelven a surgir tensiones desde el final de la Guerra Fría. Después de los acontecimientos vividos en Crimea, surgieron preocupaciones en Occidente sobre la posibilidad de que se vuelvan a producir eventos similares en los países fronterizos y cercanos a Rusia. Estas preocupaciones vienen argumentadas por el despliegue de fuerzas militares por parte de los Estados miembros de la OTAN que casualmente eran también estados limítrofes con Rusia. La respuesta rusa dio lugar a la primera vez que Rusia amenazaba con usar armas nucleares contra países miembros de la OTAN.

Finalmente, el último, pero más relevante ámbito de confrontación ha sido la esfera económica. La caída en la económica rusa durante los años 2012 y 2013 se vio agravada por las sanciones impuestas por Estados Unidos debido a los conflictos de Crimea y de Donbas, así como

por la caída de los precios del petróleo que provocó que el rublo se desvalorizase en comparación con otras monedas y perdiese mucho valor. Pero, además, la economía rusa se vio afectada por una caída en la producción de bienes y servicios y por una disminución de las cantidades de productos a ofrecer, sobre todo en las grandes ciudades, y como principal consecuencia de las sanciones económicas (Khudoley, 2016, p.400).

2.4.2. Rusia y los países del Este

Normalmente, las etapas de acercamiento político hacia el Este han tendido a coincidir con los momentos de tensión con Occidente. La realidad es que las relaciones entre Rusia y el Este siempre han sido bastante poco desarrolladas en comparación con Occidente, un ejemplo es la estructura rusa, dónde los centros culturales, políticos y económicos se encuentran en la Rusia occidental. Sin embargo, se trata de un espacio geopolítico con mucho potencial para la implantación de relaciones bilaterales más desarrolladas, en parte ya que casi ningún país del Este impuso sanciones sobre Rusia.

Entre los principales objetivos de la política exterior de Putin en esta etapa de su mandato cabría mencionar su deseo de formar un grupo de países que pudiese hacer frente al conocido G7 y sus principales argumentos son que cualquier evento a nivel mundial depende de países como China, India y Rusia por sus enormes poblaciones. A principios del siglo XXI, varios grupos regionales de países vieron su creación, entre ellos encontramos los BRICS y la OCS (la Organización de Cooperación de Shanghái). Además, en 2015 Rusia presidió ambos grupos, e intentó acercar a ambos grupos lo más cercanamente posible junto con la Unión Económica Euroasiática, e intentando jugar un papel decisivo en el proceso. Por ello, las cumbres de la OCS y de los BRICS fueron casi simultáneas en 2015, pero los beneficios que obtuvo Rusia en aquellas cumbres fueron bastante limitados. Por un lado, India y Pakistán empezaron el proceso de unirse a la OCS y Bielorrusia adquirió un estatus de observante (Khudoley, 2016, p.403), y ambas organizaciones mostraron su desaprobación al uso de sanciones en las relaciones internacionales, algo muy significativo para la confrontación rusa con el Oeste. Pero la OCS no quería convertirse en un bloque militar y político y la realidad es que muchos países de las dos organizaciones entablaron relaciones con el Oeste. En consecuencia, el nacimiento de ambos grupos supuso el

principio de una alianza entre estados cuyos intereses no coinciden con los intereses del Oeste, pero que en ningún momento quiso caracterizarse por ser el bloque antioccidental.

Debido a que el proceso de integración con la región de Asia-Pacífico está mucho menos desarrollado que con Europa, la mayoría de las relaciones construidas entre Rusia y países asiáticos son mayoritariamente bilaterales e independientes las unas de las otras. Además, a diferencia de con Europa donde Rusia busca encontrar las debilidades dentro del bloque Occidental, en Asia prefiere mantenerse al margen de cualquier conflicto. Sin embargo, el principal objetivo de la política exterior llevada a cabo por Putin es el de reforzar las relaciones entre Rusia y China, que actualmente se encuentran en su mejor momento de toda la historia: ambos países se consultan mutuamente en casi cualquier problema internacional y han desarrollado lazos de cooperación en todo tipo de esfera, hasta lazos de cooperación militares y tecnológicos (Khudoley, 2016, p.404).

No obstante, China desarrolla a la vez relaciones con Occidente, sobre todo con Estados Unidos y con la Unión Europea, principalmente debido a que la economía china es una economía mucho más integrada y presente en la economía mundial que la rusa, y debido a que los volúmenes de ventas y de comercio entre Estados Unidos, la UE y China son mucho más importantes y grandes que el volumen comercial con Rusia. En consecuencia, las relaciones con China son muy buenas, pero tienen ciertos límites, por lo que Rusia mantiene también lazos mayoritariamente buenos con otros países asiáticos, como India, Vietnam y la República de Corea. Asimismo, estos países también mantienen lazos con el bloque Occidental por lo que las relaciones entre Rusia y el continente asiático tampoco son triunfantes (Khudoley, 2016, p.404).

2.5. Política Exterior de Putin hacia Estados Unidos

2.5.1. Relaciones Putin-Bush

Cuando Bush entró en el gobierno americano en enero de 2001, había un gran escepticismo respecto a Rusia y existía un fuerte deseo de romper claramente con las políticas llevadas a cabo durante la administración Clinton. La realidad es que la administración Bush quería trabajar para contener a Rusia y una de sus primeras acciones como presidente fue dismantelar por completo la configuración del Departamento de Estado de Clinton en referencia con las relaciones diplomáticas con Rusia, intentando rebajar significativamente la importancia de Moscú (Gvosdev & Marsh, 2014, p.85). Sin embargo, la reunión entre Bush y Putin celebrada en Eslovenia en junio de 2001 fue el punto cambiante. Las sorprendentes similitudes políticas y los cercanos pensamientos de

gobernanza mundial hicieron que durante aquella reunión ambos Estados entablasen un buen dialogo, lo que parecía entonces romper con la existente tensión entre ambos jugadores. Esta nueva posición argumentaba entonces que sería posible llegar a desarrollar una mejor relación con Rusia, a diferencia de las opiniones escépticas que habían predominado durante la campaña electoral y que argumentaban que las diferencias entre los dos países, sobre todo en términos de los valores que perseguían cada uno no podrían superarse (Gvosdev & Marsh, 2014, p.86).

La relación se vio aún más mejorada con los acontecimientos del 11 de septiembre de 2001 en Estados Unidos y con la pronta reacción por parte de Putin, colocándolo como el primer líder extranjero que se puso en contacto con Bush y que ofreció su ayuda para combatir a Al-Qaeda. Ambos presidentes consideraban que una mejor relación sería posible en base a los intereses comunes existentes: la defensa de la no proliferación de armas, el sector energético y, la guerra contra el terror. Por un lado, para Putin, después de la desastrosa década de los años noventa vivida en Rusia, era necesario cooperar y trabajar con Estados Unidos de manera a poder integrar a Rusia en la economía global y en las instituciones Occidentales. Y por otro, Bush buscaba una cooperación con Rusia para poder acabar con el terrorismo y para luchar en favor de la no proliferación nuclear. Y finalmente, ambos actores estuvieron de acuerdo en que una asociación energética entre ambos daría lugar a un mercado garantizado para que Rusia exporte y venda su energía y ayudaría a que los Estados Unidos redujesen su dependencia de los suministros procedentes de Oriente Medio (Gvosdev & Marsh, 2014, p.86). Además, ambos países firmaron el Tratado de Moscú (Tratado de Reducciones de Ofensivas Estratégicas), que como ya hemos mencionado anteriormente, comprometía a ambos países a que redujesen su arsenal armamentístico nuclear. Y, por otro lado, iniciaron diálogos de energía estratégica en junio de 2002 que buscaba desarrollar en mayor medida la cooperación energética hasta tal punto que una de las primeras propuestas fue la de crear un oleoducto subterráneo de manera a exportar directamente energía a Estados Unidos (Gvosdev & Marsh, 2014, p.86).

No obstante, cuando el gobierno ruso tomó acción y arrestó a un hombre de negocios americano de la empresa YUKOS, las esperanzas de cooperación sobre todo en términos energéticos se evaporaron. El dialogo abierto sobre la energía estratégica empezó a debilitarse debido a las preocupaciones estadounidenses de la posible dependencia europea de las fuentes energéticas rusas, así como por la enorme ventaja que sus provisiones de energía ofrecían a Rusia sobre sus países vecinos. De manera a evitar el contacto con Rusia, Washington promovió

acuerdos y asociaciones tales como el acuerdo NABUCCO diseñado para que se crease un oleoducto diseñado para bordear el territorio ruso y de manera que se pudiera traer el gas asiático a los mercados europeos, dándoles así una alternativa a la energía rusa. Rusia por su lado interpretó los esfuerzos estadounidenses como una manera de limitar el poder ruso, y por ello, a mediados de la primera parte de la década, el dialogo entre ambos actores ya había visto su fin (Gvosdev & Marsh, 2014, p.87).

Sin los incentivos comerciales presentes entre ambos países, las esperanzas de una nueva asociación se vieron reducidas a la nada. Las políticas económicas impuestas por Putin y el aumento de los precios de la energía, permitieron a Rusia repagar sus deudas y así eliminar la ventaja estadounidense sobre Rusia que hasta entonces le habían permitido hacer presión y beneficiarse de la situación. Combinado con el deseo ruso de desafiar a Estados Unidos mediante la oposición a la invasión de Irak en 2003, y mediante la decisión rusa de bloquear, junto a otros países, en el Consejo de Seguridad la resolución que permitiría autorizar el uso de la fuerza contra Saddam Hussein mostró a Estados Unidos que la Rusia postsoviética no cedería al liderazgo americano. Esta oposición rusa a las políticas de EE.UU. y la creciente inclinación autoritaria de la administración de Putin empoderaron a los escépticos que, a su vez, pusieron un impedimento a los esfuerzos de Bush para avanzar la relación con Rusia.

En general, durante los primeros años de la era Putin-Bush, hubo un esfuerzo sincero por ambas partes que buscaba promover una asociación o cierto nivel de cooperación, sin embargo, el punto de inflexión parecía haberse alcanzado en 2004. En septiembre de ese mismo año, los separatistas chechenos se hicieron con un colegio en el Cáucaso Norte. Las críticas americanas de las acciones rusas, incluyendo el alcance de las políticas rusas de lucha contra las rebeliones, así como la compasión por la causa chechena convencieron a muchos en Moscú de que EE.UU. no estaba comedido a apoyar la lucha contra el terrorismo de Rusia. Así mismo, un año antes se produjeron las revoluciones de color en Georgia, y ese mismo año, también en Ucrania las cuales tuvieron como principal consecuencia la llegada al poder de un candidato prooccidental, percibido en Rusia como un elemento más del esfuerzo americano por expulsar cualquier influencia rusa en los países del espacio postsoviético. Por último, el apoyo estadounidense a la incorporación de Ucrania y Georgia a la OTAN sirvió para argumentar la postura y el sentimiento en Moscú de que Estados Unidos no buscaba fomentar la democracia, sino que intentaba controlar y debilitar las esferas de influencia rusa.

En 2008, las relaciones continuaron a deteriorarse con el conflicto entre Georgia y Rusia de agosto de ese mismo año. El problema se dio cuando fuerzas georgianas empezaron a movilizarse en el Sur de Osetia, zona en la que Rusia tenía fuerzas desplegadas. Rusia respondió echando a las fuerzas georgianas de la zona conflictiva y consiguió que Georgia redujese su infraestructura militar mediante la destrucción del equipamiento y la ocupación del territorio. Georgia había sido uno de los mayores recipientes de ayuda americana y había obtenido tanto entrenamiento militar como equipos para su armada. El ataque provocó que EE.UU., entre otros países, suspendieran los vínculos militares con Rusia y esto puso fin a cualquier posibilidad de celebrar algún acuerdo civilizado entre ambas partes.

2.5.2. Relaciones Medvedev-Obama

En las elecciones estadounidenses de 2008, Rusia ya emergía como un problema y ambos candidatos a la presidencia, John McCain y Barack Obama, condenaron a Rusia por los acontecimientos y ataques ocurridos en Georgia. Una vez terminadas las elecciones, Obama y su equipo de seguridad nacional emergente se relajaron sobre algunas de sus acusaciones más perjudiciales hacia Rusia y lo mismo paso con algunos de los asesores del presidente ruso Medvedev, quienes argumentaban que una confrontación con Estados Unidos nunca sería beneficiosa para los intereses rusos. En febrero de 2009, la administración Obama anunciaba que buscaría pulsar el botón de “reinicio” de las relaciones con Rusia, y en julio de ese mismo año, ambos países se aferraron a ello con el objetivo de dejar atrás sus diferencias y problemas. Entre los motivos alentadores de esta positiva reunión entre ambos presidentes podemos encontrar el hecho de que ambos presidentes eran jóvenes, con intereses similares y que Medvedev buscaba tomar una narrativa más liberal, enfocada en una dirección más proamericana (Gvosdev & Marsh, 2014, p.91).

Así mismo, un factor decisivo para dar lugar a este reinicio mencionado anteriormente, fueron los esfuerzos diplomáticos llevados a cabo por parte del presidente francés Nicolas Sarkozy y la canciller alemana Angela Merkel diseñados para integrar más y mejor a Rusia en las discusiones sobre la Seguridad Europea y para facilitar la cercanía y la integración económica entre Rusia y los países Occidentales. Es más, durante la era Obama-Medvedev, ambos presidentes consiguieron avanzar en algunas direcciones hasta entonces pensadas inviables. Entre ellos encontramos la

aprobación de la Red de Distribución Norte y el permiso por parte de Moscú en verano de 2009 para que las fuerzas militares estadounidenses pasaran por su territorio hacia Afganistán (Gvosdev & Marsh, 2014, p.92). Esta cooperación entre ambos países fue vista como prometedora, es más el Secretario de Defensa de Obama, Robert Gates, aseguraba que la situación en Afganistán ofrecía áreas para una integración más cercana entre ambos países, sobre todo por el papel ruso en la creación de la Red de Distribución del Norte, que fue la línea principal de suministros para Estados Unidos y la OTAN.

Más tarde en 2010, el gobierno ruso apoyo la resolución estadounidense en las Naciones Unidas que imponían sanciones económicas más fuertes contra Irán, y canceló todos los contratos existentes. Además, el gobierno ruso también acordó firmar el tratado armamentístico START para reemplazar el acuerdo original expirado en 2009 y abandonó sus demandas de vincular las reducciones de las armas nucleares a la capacidad americana de aceptar las demandas sobre las restricciones de los misiles de defensa. Por otro lado, se generaron importantes acuerdos energéticos entre la empresa estatal rusa Rosneft y la empresa americana Exxon-Mobil para crear una empresa conjunta de extracción petrolífera en el ártico ruso, lo cual permitió que la empresa estadounidense tuviera acceso a substanciales cantidades de reservas energéticas rusas.

No obstante, a pesar de los signos de mejora en las relaciones, surgieron viejos problemas basados principalmente en las cuestiones que todavía estaban sin resolver y que en su momento condenaron los esfuerzos de la administración Bush y Putin por asociarse más estrechamente. Uno de los problemas formados y que levanto tensiones fue la forma en la que Estados Unidos y sus aliados de la OTAN llevaron la campaña en Libia. La realidad fue que, en vez de centrarse en crear refugios para la población, EE.UU. y sus aliados decidieron ayudar a los rebeldes libios para derrocar a Gadafi lo que en consecuencia hizo que Rusia decidiera utilizar su posición privilegiada en las Naciones Unidas para bloquear en 2011 y 2012 las resoluciones de Libia en el caso de Siria.

El anuncio de la vuelta de Vladimir Putin a la presidencia rusa volvió a levantar dudas y desafió una de las premisas del reinicio de las relaciones bilaterales entre ambas potencias: el discurso liberal de Medvedev. Las elecciones rusas recibieron múltiples críticas, sobre todo por parte de senadores como John McCain quienes protestaban por cómo se habían desarrollado dichas elecciones y otros como Hillary Clinton, quienes aseguraban que no fueron ni justas ni libres. Esto levantó serias dudas en Moscú ya que pensaban que Estados Unidos se había vuelto a embarcar en

su tradicional cruzada de formar aliados y aislar a Rusia y este fue un punto casi constante durante las elecciones de 2011 y reiterado por Putin en un discurso en diciembre de 2012. En consecuencia, a principios de 2013, el gobierno ruso ya había puesto restricciones a las actividades de grupos que recibían financiación estadounidense (Gvosdev & Marsh, 2014, p.95).

2.5.3. Relaciones Putin-Obama

Después de la reelección de Obama en 2012 como presidente de los Estados Unidos, su administración expresó el deseo de retomar y mejorar las relaciones bilaterales con Rusia. Entre los principales objetivos que quería alcanzar la administración Obama, se encontraba la reducción de las armas nucleares, la ampliación de las relaciones comerciales y de las relaciones de inversión. En abril de 2013 Thomas Donilon viajó a Moscú y presentó una propuesta para un acuerdo de transparencia entre ambos países en lo relacionado con los misiles de defensa. La esperanza de los funcionarios americanos era poder llegar a persuadir a los rusos de que los planes de defensa americanos no suponían ninguna amenaza para los misiles estratégicos rusos (Pifer, 2015, p.119).

La Casa Blanca anunció además que Obama visitaría Moscú en septiembre para una cumbre bilateral con Putin, antes de viajar a San Petersburgo para la cumbre del G20. En junio de ese mismo año, Obama propuso una tercera reducción al acuerdo START a lo que Rusia respondió con silencio. Sin embargo, lo que provocó una pequeña crisis de las relaciones bilaterales fue la llegada el 23 de junio a Moscú de Edward Snowden, un contratista de la Agencia Nacional de Seguridad Americana y el trato que recibió por parte de Rusia quien lo consideraba un desertor y quien le dio asilo temporal. En consecuencia, Estados Unidos aplazaron la cumbre bilateral con Putin a pesar de seguir acudiendo a San Petersburgo, donde hubo un acercamiento no planeado y donde ambos países iniciaron una cooperación para la eliminación de armas químicas. La realidad es que, a finales de 2013, Moscú no mostró ningún interés en promover una mayor reducción de armas nucleares o de cualquier otra cuestión importante para la agenda de Washington, y además también demostró tener bajas expectativas de cualquier cooperación o facilidad por parte del gobierno estadounidense (Pifer, 2015, p. 119).

La anexión rusa de Crimea de 2014 y las acciones tomadas en Ucrania a finales de 2013, hicieron que Estados Unidos y la Unión Europea respondieran disminuyendo las relaciones políticas; reemplazando la reunión planeada para Junio del G8 a una cumbre en Sochi sin Rusia;

imponiendo sanciones de visados financieros contra individuos rusos, y finalmente, aumentando las sanciones en los ámbitos financiero, energético y de defensa de la economía rusa. Se trataba del momento en el que las relaciones tanto ruso-estadounidenses como las existentes entre Rusia y la Unión Europea se hallaban en su momento más bajo desde la Guerra Fría (Pifer, 2015, p. 123).

3. Elecciones Estadounidenses de 2016

3.1. Acusaciones hacia Rusia

La realidad es que las denuncias sobre la intervención rusa en las elecciones presidenciales de 2016 de Estados Unidos se han apoderado de Washington y han provocado que se haya dado comienzo a múltiples investigaciones acerca de la campaña electoral del actual presidente Donald J. Trump. Los principales motivos de preocupación recaen en la seguridad del proceso electoral estadounidense y en la contemplación de la mera posibilidad de que un país tercero haya podido interferir e influir en los resultados de unas elecciones estatales.

A principios del año 2016, la Oficina del Director de Inteligencia Nacional publicó un informe sobre las actividades e intenciones rusas en relación con las elecciones estadounidenses de 2016. El reporte alega que la Agencia Central de Inteligencia (CIA), la Oficina Federal de Investigación (FBI) y la Agencia de Seguridad Nacional (NSA) tenían una importante confianza en que el presidente ruso Vladimir Putin había ordenado varias campañas de influencia en 2016 dirigidas a las elecciones a presidente estadounidense. Alegaban que dicha interferencia rusa se había hecho con el fin de socavar la fe pública en el proceso democrático mediante una denigración de la candidata Hillary Clinton con el objetivo de dañar su candidatura y potencial presidencia (Theohary, 2017).

En junio de 2016, el Departamento de Seguridad Nacional estadounidense alegaba que ciertos individuos vinculados al Kremlin habían intentado infiltrarse en los sistemas informáticos relacionados con las elecciones presidenciales en más de veinte estados (Masters, 2018). Así mismo, también afirmaban que no sostenían ninguna manipulación del conteo de votos de las elecciones por parte de estos individuos, pero sostenían la probabilidad de que hubieran estado buscando debilidades en los sistemas. Finalmente, no es hasta febrero de 2018 que los fiscales federales estadounidenses, encabezados por el abogado Robert Mueller, cuando finalmente se acusan a varias compañías rusas de delitos asociados con la interferencia en los sistemas políticos de EE.UU. y más concretamente en lo relacionado con las elecciones de 2016 (Masters, 2018).

Entre las principales acusaciones al gobierno ruso encontramos por un lado actividades evidentes realizadas por agencias estatales, por medios de comunicación respaldados por el estado, por hackers informáticos; y por el otro, operaciones encubiertas como actividades cibernéticas ilícitas realizadas por agentes de la inteligencia estatal.

El reporte sacado en 2017 acusaba principalmente las autoridades rusas de utilizar medios de comunicación financiados y respaldados por el Estado para perjudicar y desfavorecer la campaña electoral presidida por Clinton. Entre otras cosas se acusaba mediante la filtración de correos electrónicos personales, a la candidata a la presidencia Hillary Clinton, de debilidad mental, y de estar de alguna manera unida al Estado Islámico (Masters, 2018). Sin embargo, los principales medios de comunicación usados por Rusia no eran únicamente los tradicionales. El gobierno americano encontró que una entidad rusa con vínculos claros hacia el Kremlin, conocida como IRA, la Agencia de Investigación en Internet, contrató a numerosos hackers informáticos y conocidos “trolls” para publicar en páginas web y redes sociales contenido falso con el objetivo de llegar a la mayor cantidad de personas posibles. Es más, Facebook recalcó que el contenido publicado por IRA llegó en su momento a más de 140 millones de sus usuarios (Masters, 2018).

El abogado de este caso alegó que se trataba de una multitud de personas y de empresas rusas involucradas y altamente relacionadas y vinculadas tanto con el Kremlin como con IRA, que fueron desarrollando con el tiempo una amplia campaña con múltiples recursos que buscaba declarar una guerra de información contra Estados Unidos, empezando en 2014. Según Mueller, el objetivo fue sembrar la total discordia en el sistema político estadounidense y esta conspiración fue dirigida tanto al público ruso como a personas en todo el mundo. Mueller destaca que la forma de conseguirlo fue hackear los sistemas informáticos de los dos principales partidos políticos que se presentaban a las elecciones presidenciales de 2016 (Masters, 2018).

3.2. Importancia del ciberespacio en las relaciones internacionales

El avance tecnológico que estamos sufriendo junto con el aumento de las máquinas que creamos ya conectadas a una red global, han provocado unos cambios sin precedentes en cómo interactúan las sociedades y en el progreso de éstas. Del mismo modo, estos avances han tenido un importante impacto en materias de seguridad internacional, ya que ofrece oportunidades para equilibrar la balanza de poder, pero también ofrece limitaciones y peligros ya que permite acceder a las limitaciones de los Estados y de las organizaciones internacionales. Las mejoras y los avances tecnológicos ocurren casi constantemente en la actualidad, y cada avance cambia la forma en la que nos comunicamos y analizamos la información, pero a la vez nos convierte en seres cada vez más dependientes. Esta dependencia tecnológica ha provocado que las relaciones internacionales

estén actualmente enfocadas en entender y controlar los conflictos y las guerras cibernéticas a cualquier escala.

En 2017, la red de internet cubría a unos casi 3.6 billones de personas, representando el casi cincuenta por ciento de la población a nivel mundial (Tsakanyan, 2017). La realidad es que en esta era de conectividad digital, todos los estados son incapaces de mantener su propia seguridad y la principal razón es que todo lo que esté conectado a la red puede ser hackeado y, por tanto, es vulnerable a cualquier infiltración. Sin embargo, cabe destacar que la guerra cibernética, a diferencia de las guerras convencionales, no conoce fronteras ya que estas guerras, basadas en el rechazo de los supuestos comunes relacionados con el tiempo y el espacio, mediante los avances tecnológicos, pueden realizarse desde cualquier parte del mundo en muy poco tiempo. Podríamos decir que la globalización no solo ha tenido efectos positivos transmitidos por los logros conseguidos por la civilización, sino que también ha permitido que se desarrollen nuevos tipos de amenazas. En consecuencia, la ventaja estratégica de los estados y de las organizaciones y actores internacionales ya no residen en el poder de lucha o en la localización geográfica que tenga, sino en el poder de la información y del conocimiento (Valeriano & Maness, 2017).

De manera a definir el término “ciberseguridad” podríamos decir que se trata a las oportunidades de amenaza de las tecnologías digitales y computacionales (Valeriano & Maness, 2017). En todos los marcos a los que se refiere la seguridad, la idea de poder protegerse completa y perfectamente es irreal, sin embargo, se trata de un ámbito especialmente relevante para los sistemas tecnológicos y computacionales, los cuales siempre tendrán este tipo de debilidades más presentes. No obstante, como bien hemos explicado anteriormente, la única manera de prevenir y evitar estas nuevas amenazas tecnológicas es no conectar todos los dispositivos electrónicos a la red.

El ámbito político se centra y trabaja en la distribución de la influencia, y el poder cibernético no difiere del todo de esta definición ya que a su vez intenta controlar y tener acceso a todo tipo de escenarios, tanto internacionales como domésticos. Es más, el dominio cibernético no solo está teniendo influencia ya en las políticas de los estados, sino que también está transformando el concepto de seguridad internacional. Además, cabría destacar los cambios que están viviendo las relaciones internacionales debido a la construcción, al crecimiento y a la expansión del ciberespacio. Estos nuevos cambios están desafiando no solo las teorías clásicas de las relaciones

internacionales, sino también su puesta en práctica. A continuación, detallaremos algunas de las consecuencias e impactos de la aparición del ciberespacio como un nuevo lugar de interacción a escala mundial.

En un primer lugar, a pesar de vivir en un sistema internacional organizado en base al principio de la soberanía y de las exigencias y capacidades de los Estados soberanos, estamos viviendo una nueva realidad en la que el sector privado posee y es el propietario de la mayoría de los avances tecnológicos, y más en concreto de esta nueva realidad conocida como el ciberespacio. Con una gobernanza del ciberespacio definido cada vez menos en base a los principios tradicionales y debido a la alta dependencia de su correcto funcionamiento, estos nuevos actores e instituciones privados, han ido asumiendo poco a poco un mayor papel y se han hecho con un mayor poder en el escenario internacional. En consecuencia, el actor principal que ha definido las relaciones internacionales, el Estado, cada vez es menos capaz de controlar el dominio cibernético o de poder llegar a aislarse de las realidades cibernéticas que estamos sufriendo. La seguridad internacional se ha visto afectada gravemente y sigue estando amenazada por esta nueva realidad. Los acontecimientos producidos debido a las filtraciones hechas por WikiLeaks muestran inequívocamente cómo el ciberespacio se está politizando y ha hecho que los países se sientan cada vez más amenazados y se hayan dado cuenta de sus propias vulnerabilidades (Choucri & Clark, 2011, p.6).

Debido a que los actores internacionales se han vuelto conscientes de las amenazas cibernéticas reales que suponen para la seguridad internacional, se ha reforzado la idea de que el ciberespacio debe de estar completamente politizado. El principal problema que se plantean los Estados es el desconocimiento y la falta de una total comprensión de dichas amenazas, además de que no hay ninguna definición comúnmente aceptada de lo que engloba el término seguridad. Todo lo anterior, junto con la creciente presencia de actores no estatales frente a los actores tradicionales, han surgido dudas sobre la importancia de la soberanía, como término principal y característico del sistema internacional actual. Además, la aparición de nuevos actores, entre los que encontramos entidades comerciales y empresas sin ánimo de lucro, entre otros, también ha alterado el mecanismo establecido tradicionalmente para la toma de decisión a nivel internacional (Choucri & Clark, 2011, p.6).

En conclusión, existe una importante necesidad de establecer normas de acción, de comportamiento comúnmente aceptadas para regular el ciberespacio y para asegurar la seguridad cibernética. Fue ya en 2015 durante una visita del presidente chino Xi Jinping a Estados Unidos, cuando Obama le adelantó la necesidad de trabajar juntamente con otras naciones para promover unas normas internacionales que faciliten el camino para una conducta apropiada en el ciberespacio (Valeriano & Maness, 2017, p. 268). Además, algunas de las principales potencias mundiales, Estados Unidos, China y Rusia, entre otros, están ya comenzando a firmar y a formalizar acuerdos que regulen un comportamiento respetuoso en el ciberespacio, por lo que la normativa futura no tardará en aparecer.

3.3. Posibles explicaciones

En enero del año 2017, la comunidad de inteligencia estadounidense publicó un documento desclasificado que trataba sobre la evaluación oficial del ataque sin precedentes y no provocado de Rusia en las elecciones presidenciales de Estados Unidos de 2016. En este informe, diecisiete agencias de inteligencia evaluaron unánimemente que el presidente Vladimir Putin había ordenado llevar a cabo una campaña de influencia dirigida a las elecciones presidenciales de 2016. Esta campaña llevó a relanzar la candidatura de Donald Trump y desde entonces, la investigación sobre Rusia reveló que miembros pertenecientes a la campaña de Trump, entre los cuales se hallaron miembros del círculo cercano al actual presidente, estuvieron en constante contacto con representantes del gobierno ruso desde el comienzo de las elecciones hasta el final de la transición (Bergmann, Venook, & Moscow Project Team, 2018).

En un reporte del comité científico y tecnológico de la OTAN, determinaron en 2018 que Rusia bajo el presidente Vladimir Putin se ha mostrado siempre profundamente insatisfecha con el orden liberal internacional. Entre las principales pruebas que la OTAN describe como argumentos que sostienen esta postura, encontramos el discurso de Putin en la Conferencia de Múnich de 2007 en la que criticó a los Estados Unidos, al a OTAN e incluso a la Unión Europea a la vez que llamaba y requería la creación de un nuevo orden mundial (Davis, 2018). En consecuencia, consideran como una realidad la búsqueda y necesidad de Putin por volver a la geopolítica basada en el juego de suma cero, además de reclamar los territorios considerados bajo la esfera de su influencia.

Este reporte del comité científico y tecnológico de la OTAN concluye con la hipótesis de que el régimen ruso busca desestabilizar las democracias liberales con el fin de sostener su postura y el régimen político ruso actual. El término “desinformación” se ha convertido en un tópico a la orden del día desde la interferencia de Rusia en la campaña presidencial de 2016 en Estados Unidos. Ha habido revelaciones, detalladas en múltiples congresos, de cómo el gobierno ruso infiltró plataformas de redes sociales para difundir narrativas falsas y así manipular el discurso público estadounidense. No obstante, como bien discuten en el Comité científico y tecnológico de la OTAN en 2017, no solo ha ocurrido en Estados Unidos, y Rusia no es el único actor que lleva a cabo este tipo de acciones. Entre las importantes elecciones europeas de 2017, los países europeos se han enfrentado al mismo desafío de cómo responder y resistir las campañas de desinformación dirigidas contra ellos (Fried & Polyakova, 2018).

Por ello, en el reporte escrito por Davis, se enumeran algunas de las posibles razones e intenciones detrás de la interferencia rusa en elecciones, no solamente en las estadounidenses de 2016, pero en varias otras. En un primer momento, a OTAN sostiene que a pesar de las retóricas de los líderes de Rusia, la realidad es que, en términos económicos, Rusia no es capaz de competir con los miembros de la Organización: el PIB ruso asciende a 1.3 trillones de dólares americanos en comparación con el PIB de Estados Unidos que representa 19 trillones de dólares y el de la Unión Europea que asciende a 17 trillones de dólares. Por otro lado, se trata, además, de un gobierno caracterizado por tener una corrupción severa, además de por la incapacidad de hacer frente a sus problemas sociales crecientes, siendo éstos la desigualdad y la pobreza, entre otros (Davis, 2018). Esta clara desventaja del gobierno ruso frente a lo que ellos considerarían como posibles adversarios, los líderes rusos han usado medidas activas, como los ataques cibernéticos o las guerras de información para desacreditar a los líderes liberales y socavar las democracias. El objetivo de estas medidas activas es delimitar las preferencias del sujeto objetivo de tal manera que estén en línea con los objetivos ya predeterminados y predefinidos del sujeto emisor del ataque.

Resulta interesante remarcar que estas operaciones informáticas no son nuevas al conjunto de herramientas usadas por Rusia a lo largo de la historia, no obstante, lo que verdaderamente es nuevo es el alcance y su eficacia debido a la aparición, del anteriormente explicado, ciberespacio que permite la difusión a alta velocidad de desinformación a través de puntos estratégicos masivos (Fried & Polyakova, 2018). No obstante, a pesar de que las nuevas tecnologías son sin lugar a

dudas una fuerza imperativa en esta nueva oleada de ataques, cabe recordar que antes de todo se deben y son principalmente provocadas por ideales humanos. Por ello, el comité de la OTAN hace hincapié en una serie de posibles razones o ideales humanos por los que Rusia buscaría interferir en las elecciones de un Estado. Según argumentan, los objetivos específicos de cada intromisión varían en función de las circunstancias. En un primer lugar, argumentan que las intromisiones rusas pretenden exacerbar las tensiones ya preexistentes dentro de una sociedad; esto se debe a que cualquier intromisión rusa demuestra la sofisticada comprensión que posee de las actividades o tensiones que dividen en cierto momento a un país (Davis, 2018). Como ejemplos el reporte nombra la interferencia en las elecciones estadounidenses y cómo Rusia compró anuncios que inflamaban las tensiones religiosas y políticas existentes para poder debilitar a la sociedad civil. En Alemania, el gobierno ruso compró algunos medios de comunicación para fomentar las críticas sobre las políticas sobre los refugiados implementadas por la Canciller Angela Merkel y para así poder debilitarla. En general, argumentan que dichos acontecimientos demuestran cómo Rusia hace uso de la tecnología para debilitar a un gobierno ya existente e implantar la duda en la sociedad sobre si la democracia liberal es deseable o no (Davis, 2018).

Por otro lado, el comité sostiene que la intromisión rusa pretende debilitar la confianza en las instituciones democráticas liberales. Larry Diamond, sociólogo político considera que desde que empezaron las conocidas revoluciones de colores a principios de los años 2000, el liderazgo ruso se ha obsesionado con la posibilidad de que la movilización democrática de las masas pudiera contagiarse incluso a Rusia (Diamond, 2016). Por tanto, si el gobierno ruso es capaz de debilitar las instituciones democráticas occidentales, entonces podrán nivelar la balanza de poder mundial. Davis, sostiene en su reporte que, si Rusia es capaz de debilitar y demostrar que las democracias liberales son disfuncionales y fraudulentas, entonces el gobierno ruso será capaz de vender al exterior su propio sistema considerado como una democracia soberana se tendrá en consideración (Davis, 2018).

En general, cuando el gobierno ruso ha tratado de interferir en algún proceso electoral favoreciendo a algún candidato, se debe a la concepción rusa de intentar favorecer candidaturas percibidas como aliadas a la influencia rusa, y, por el contrario, desacredita y desfavorece a aquellos considerados como hostiles al ideal ruso. Según Davis, en Europa, Agencias de Inteligencia han informado de que en general, el apoyo ruso tiende a darse a partidos y organizaciones que minan la cohesión de la OTAN y de la Unión Europea y que podrían favorecer

a los intereses económicos y políticos rusos (Davis, 2018). Finalmente, el comité también considera que la interferencia rusa siempre intenta fomentar el caos y la incertidumbre dentro de los países occidentales, mientras fomentan el apoyo a las políticas y al gobierno ruso.

En conclusión, como hemos enumerado anteriormente, los objetivos rusos por los que buscan interferir en el proceso electoral de los Estados pretenden, sin recurrir a la confrontación militar o a inversiones substanciales, modelar los asuntos internacionales a su favor (Davis, 2018).

3.4. Reflexión personal

Resultaría importante poder llegar a comprender el razonamiento de la interferencia rusa en las elecciones estadounidenses a la presidencia de 2016 desde un punto de vista teórico. Para ello, analizaremos y razonaremos las distintas acciones rusas y las posibles motivaciones o incentivos detrás de ellas, de acuerdo a las explicaciones provistas por las teorías de las relaciones internacionales.

Por un lado, como ya hemos explicado en el marco teórico, el realismo clásico defiende en un primer lugar la idea de que el Estado es el centro de las relaciones internacionales, y, en consecuencia, los Estados persiguen constantemente la búsqueda de poder para asegurar la seguridad del Estado. De este modo, cuando analizamos las razones por las que Rusia decidió intervenir en el proceso electoral estadounidense, podríamos argumentar que sus únicos objetivos eran asegurar su seguridad estatal mediante la búsqueda de poder. El miedo ruso del triunfo de las democracias liberales occidentales y de su posible contagio en un futuro a su territorio nacional, tiene como consecuencia que el gobierno deba tomar medidas preventivas para evitar tal escenario. La principal explicación al comportamiento ruso mediante el uso de esta teoría se traduce en la creencia que los intereses nacionales deben prevalecer sobre los ideales o sobre sus principios morales u éticos.

No obstante, el realismo clásico también sostiene que el orden internacional debe de ser anárquico, significando que ninguna potencia mundial debería ser capaz de imponer sus normas al resto de Estados soberanos. Esta visión rusa de que el gigante americano es la potencia decisoria de todos los asuntos internacionales le lleva a buscar cambiar y alterar el orden político internacional a cualquier coste. Al no ser capaz de poder competir en la escala económica con otros países o conjuntos de países con carácter decisivo de la política internacional, el gobierno ruso decide intentar aprovechar dicha dinámica ya existente para transformarla a su favor.

No obstante, la importancia del poder militar como fuente de poder a nivel mundial ya no es una realidad contemplada en el escenario internacional. Y Rusia no es menos, y por ello, la forma de intervenir en los Estados se ha adaptado al mundo tecnológico y globalizado actual y ha utilizado dichas fuentes tecnológicas como su nueva fuente de poder.

Por otro lado, la teoría neorrealista también defiende algunos argumentos y conceptos aplicables al raciocinio estadounidense. En un primer lugar, sostiene que ningún Estado puede estar seguro de las intenciones de otros Estados, y, en consecuencia, se debe seguir la lógica de ayudarse a uno mismo para ser capaz de garantizar la seguridad de su nación. La desconfianza rusa del sistema democrático liberal es una realidad, por tanto, la búsqueda constante de ayudarse a sí mismo, se explica mediante la aplicación de esta teoría a los acontecimientos de 2016.

Además, esta teoría defiende el sistema bipolar como un sistema distributivo de poder estable. No obstante, dicha creencia no supo explicar bien la lógica de la guerra fría y los patrones de comportamientos de los bloques y de sus líderes, y tampoco sería capaz de explicar el sistema internacional actual, caracterizado por ser un sistema multipolar. Sin embargo, la visión neorrealista de que los jugadores mundiales más importantes son quienes definen y dictan las normas sobre el resto, también se ve reflejado en el deseo ruso de no perder su hegemonía y de incluso imponerse sobre aquella zona geográfica que ellos consideran bajo su influencia.

En tercer lugar, el realismo neoclásico se diferencia de las dos teorías anteriores por pensar que el alcance y la ambición política exterior de un país se rige principalmente por el lugar que ocupa dicho país en el escenario internacional, y en concreto por su capacidad relativa de poseer poder material. Pero, además, también reconoce la importancia de las variables culturales y de las percepciones como elementos que juegan un papel importante en la definición y aplicación de la política exterior de los países. El orden internacional mundial no es un orden que siga fomentando la maximización del poder militar como principal fuente de poder, sin embargo, todos los países siguen persiguiendo y luchando por mantener o mejorar su estatus, su nivel de influencia y su prestigio. Rusia es hoy en día consciente de la decadencia de su hegemonía a nivel mundial, principalmente desde el final de la Guerra Fría, además, de sus dificultades económicas y sociales internas. Pero a pesar de esto, se trata de un país que sigue en cierto modo viviendo en el pasado, recordando la época en la que su estatus y su poder de influencia ocupaba casi la mitad del globo. Podríamos definir los objetivos intrínsecos actuales rusos, como aquellos que buscan volver a este

sistema bipolar, pero que siguen viéndose amenazados por el crecimiento de nuevas potencias mundiales.

Otra concepción interesante de esta teoría es su consideración del comportamiento de los Estados como adaptativo, es decir, que las relaciones entre Estados pueden ser a la vez cooperativas y no cooperativas. En definitiva, dicha concepción se podría aplicar no solo a la realidad rusa, sino a la realidad del orden internacional actual.

Finalmente, la teoría constructivista añade la idea de que el mundo está socialmente construido, y que todas las concepciones actuales se deben a las consideraciones del resto de Estados, organizaciones o cualquier tipo de actor internacional. Por ello, Rusia quizás intenta debilitar al sistema democrático liberal occidental, ya que, si es capaz de enseñar al mundo sus debilidades y según Putin, la disfuncionalidad de dicho sistema, entonces quizás el resto del mundo podría empezar a ver con otros ojos la política y el sistema de gobierno ruso. En consecuencia, un estado soberano es soberano cuando el resto de los actores o de Estados lo consideran y lo ven como tal; del mismo modo, Putin podría defender que un sistema político es el correcto, cuando el resto de Estados o de actores lo consideran como tal.

El último argumento que merece la pena discutir es el ideal constructivista de la importancia de la identidad y de los intereses personales de los Estados como mecanismos decisorios en la formulación y delimitación de la política extranjera y nacional de los Estados. La búsqueda rusa de defender su identidad y su sentimiento de lugar que piensan que ocupan en el mundo, lleva a que la mayoría de sus políticas exteriores se centren en desacreditar al resto de oponentes.

4. Conclusión

A lo largo del trabajo hemos buscado analizar y explicar la evolución de la política exterior de Rusia, desde el final de la Unión Soviética, introduciendo en parte la política exterior perseguida por Gorbachev, seguido por el final de la Guerra Fría y el consecuente desmantelamiento de la Unión Soviética, hasta las elecciones estadounidenses de 2016 y las acusaciones hechas hacia Rusia por una posible interferencia.

La realidad es que la política exterior perseguida por Gorbachev cambió por completo el enfoque que había tenido hasta entonces, completamente basado en el concepto marxista-leninista que buscaba la existencia de un conflicto irreconciliable entre el mundo capitalista y el mundo comunista. Gorbachev, quién buscaba estimular la economía soviética, buscó poner fin a la Guerra Fría y perseguir una política exterior basada en la cooperación, y en el establecimiento de relaciones diplomáticas con un conjunto de nuevos países.

Cuando Boris Yeltsin llegó al poder, su principal objetivo era ser capaz de crear un ambiente externo no amenazante para estimular el desarrollo económico y político interno del país. En general, la política exterior mantenida por Rusia al principio estaba centrada en acomodarse, reducir y evitar riesgos en concreto con los países situados más allá de las antiguas fronteras de la Unión Soviética. La caída del partido comunista y de la ideología que éste enmarcaba hizo que Yeltsin encontrase un país en pleno proceso de redefinición de su identidad nacional por lo que el Oeste apareció como el principal aliado político de Rusia, y como el ejemplo a seguir para conseguir un crecimiento económico estable y sostenible. Yeltsin vio la necesidad de articular un propósito nacional en la política exterior de Rusia, y para ello, asignó al Ministro de Relaciones Exteriores, Andrei Kozyrev. Kozyrev determinó que las principales ideas que debía de perseguir Rusia debían de estar centradas en una mayor participación rusa en las instituciones internacionales, hacia la promoción de derechos humanos y los valores universales. Esta posición admitió que Estados Unidos era el verdadero poder global poseyente de una posición central en el escenario internacional. En definitiva, se buscó intentar transformar a Rusia hacia un estado democrático.

Cuando llegó Vladimir Putin al gobierno, Rusia entró en el siglo XXI con significantes sentimientos antagónicos: por un lado, la sensación de ser todavía un actor internacional independiente considerado como miembro de Occidente, pero en ningún momento incluido e

integrado en las instituciones internacionales Occidentales ni estando presente en el núcleo del imperio Occidental. Por ello, se considera que entre las principales diferencias del mandato de Putin y de Yeltsin era la agresividad buscada por Putin y el deseo de conseguir un papel más activo que trajese la influencia pérdida en el escenario internacional. Entre las principales características de este primer mandato de Putin encontramos el antagonismo ruso a la hegemonía estadounidense; ambos actores encontraron múltiples puntos de cooperación, como por ejemplo la lucha contra el terrorismo y el terror, sin embargo, Rusia defendía la necesidad de cambiar el orden mundial existente y basarlo en la multipolaridad democrática. Por otro lado, en este primer mandato Putin declaró desde el principio que el espacio postsoviético sería de particular interés, por lo que ciertos países como Georgia tuvieron desde el principio, relaciones complicadas con Rusia que más tarde dieron lugar a una completa hostilidad. Finalmente, Putin promovió la importancia de su sector energético, cambiando los contratos y relaciones hasta entonces existentes, de manera a dar a Rusia una ventaja comparativa sobre sus países vecinos, quienes necesitaban a toda costa la energía provista por Rusia.

Con la segunda llegada de Putin al poder, en 2012, la élite gobernante rusa llegó a la conclusión de que era necesario transformar el país para restablecerlo como el verdadero centro del mundo multipolar. La llegada de países emergentes, como nuevos jugadores y actores importantes del sistema internacional, hizo que Rusia buscara sin cesar, cambiar el equilibrio del poder internacional y moverlo hacia el Este. La llegada de la crisis económica y financiera mundial en 2008, y el consecuente colapso de la eurozona y de la Unión Europea, hizo innegable la necesidad de cambiar el sistema internacional existente.

Entre las principales características de este mandato cabría destacar las relaciones en todos los ámbitos, político, económico y social, entre Rusia y Occidente: por un lado, extremadamente conflictivas con Estados Unidos y más estables y seguras con la Unión Europea, hasta la llegada de la crisis de Ucrania. Occidente buscaba reducir los contratos entre ambas partes y reducir la influencia rusa en los asuntos internacionales, y por su lado, Rusia buscaba aprovechar cualquier situación de conflicto o de tensión para sembrar la discordancia en Occidente. Por otro lado, en lo relacionado con las relaciones entre Rusia y los países del Este, cabría aclarar que estas relaciones siempre han sido bastante poco desarrolladas en comparación con Occidente. No obstante, entre los principales objetivos de Putin encontrábamos su deseo de formar un grupo de países del Este

para hacer frente al G7, además de buscar acercar grupos como los BRICS y la Unión Económica Euroasiática.

Antes de entrar en el contexto de las elecciones presidenciales de Estados Unidos de 2016 y de sus consecuentes acontecimientos, era importante detallar la evolución y el recorrido de las relaciones bilaterales entre Rusia y Estados Unidos bajo el mandato de Putin. Cuando Bush llegó a la presidencia estadounidense en 2001, existía un gran escepticismo hacia Rusia y había un fuerte deseo de romper con las políticas llevadas a cabo durante la administración Clinton de manera a endurecer las relaciones entre ambos actores. No obstante, cuando ambos presidentes se reunieron en junio de ese año, la existencia de visiones políticas y de pensamientos tan sumamente cercanos entre ambos presidentes, hizo visible la posibilidad de establecer y de desarrollar unas mejores relaciones entre ambos.

Este optimismo basado en la cooperación se fortaleció después de los acontecimientos del 11 de septiembre de 2001 en Estados Unidos y llevó a que ambos países firmasen tratados de reducciones armamentísticas, además de la celebración de acuerdos energéticos comunes, de manera que Estados Unidos redujese su independencia de los suministros de Oriente Medio. Sin embargo, debido a una serie de acontecimientos, entre ellos el arresto de un hombre de negocios estadounidense de la empresa YUKOS hizo que estas esperanzas se evaporasen. En general, durante los primeros años de estas relaciones bilaterales, podríamos decir que hubo un esfuerzo sincero de ambas partes por promover una asociación y de cooperar, sin embargo, el punto de inflexión parecía haberse producido en 2004. Durante los años siguientes, las relaciones no dejaron de deteriorarse, principalmente debido al conflicto entre Georgia y Rusia.

Por otro lado, la llegada de la administración Obama al poder en 2008 hizo que el presidente estadounidense buscara reiniciar las relaciones con Rusia y ambos países intentaron aferrarse a ello dejando atrás sus diferencias y problemas. Medvedev buscaba tomar una narrativa más liberal enfocada hacia una dirección más proamericana y, junto con los esfuerzos por parte de Francia y Alemania de integrar a Rusia más y mejor en las discusiones europeas y de integrarlo económicamente, fomentaba esperanzas para una mejor relación entre Rusia y Occidente.

Entre los principales avances de esta era, cabe remarcar la aprobación por parte de Medvedev y de Obama de la Red de Distribución Norte, y el apoyo ruso a la resolución estadounidense en las Naciones Unidas para imponer sanciones económicas más fuertes contra Irán. No obstante, a pesar

de estos signos de mejora, surgieron viejos problemas basados en cuestiones que habían quedado sin resolver de la etapa Putin-Bush. Entre ellos, destacamos la campaña en Libia, y la llegada de Vladimir Putin a la presidencia rusa, un acontecimiento que indirectamente desafiaba el discurso liberal adoptado por Medvedev.

Después de la reelección de Obama en 2012 como presidente de Estados Unidos, su administración volvió a expresar el deseo de retomar y por fin mejorar las relaciones bilaterales con Rusia. Obama buscaba conseguir acuerdos con Rusia en esferas tales como la reducción de armas, la ampliación de las relaciones comerciales y una mejora de las relaciones de inversión. No obstante, el empeoramiento de las relaciones comenzó con la llegada de Edward Snowden a Rusia y la más tarde anexión rusa de Crimea en 2014.

En cuanto a lo ocurrido en las elecciones estadounidenses de 2016, la oficina del Director de Inteligencia Nacional publicó un informe detallado sobre las actividades e intenciones rusas en aquellas elecciones. Un reporte de la CIA, del FBI y de la NSA, alegaba que todas las agencias tenían una gran confianza en que el presidente Vladimir Putin había ordenado varias campañas de influencia dirigidas a las elecciones presidenciales y a los dos candidatos, con el fin de socavar la fe pública en el proceso democrático. Entre las principales acusaciones hechas hacia Rusia encontramos actividades realizadas por medios de comunicación respaldados por el Estado ruso, y, por otro lado, operaciones encubiertas y actividades cibernéticas ilícitas realizadas por la inteligencia rusa.

El espacio cibernético se ha convertido en una esfera imprescindible que hay que considerar cuando se habla de las relaciones internacionales, ya que la ciberseguridad y los ciberataques no solo tienen influencia en las políticas de los Estados, sino que también están transformando el propio concepto de seguridad internacional. Los cambios que están sufriendo las relaciones internacionales debido a la creación, crecimiento y expansión del ciberespacio provoca que se esté desafiando a las teorías clásicas de las relaciones internacionales.

Se trata de un ámbito que los actores internacionales están usando como nueva arma para satisfacer sus intereses nacionales. El descontento y la insatisfacción de Vladimir Putin hacia el orden liberal internacional han, según el reporte de un comité científico y tecnológico de la OTAN, provocado su necesidad de interferir en los asuntos internacionales con el objetivo ruso de volver a la geopolítica basada en el juego de suma cero y de reclamar los territorios actualmente

considerados bajo la esfera de su influencia. Este reporte sostiene y concluye como principal hipótesis de dicha actuación, la búsqueda por desestabilizar las democracias liberales con el fin de sostener su postura y el régimen político ruso actual. No obstante, se trata de una realidad no solo llevada a cabo por Rusia, este mismo reporte sostiene estos mismos acontecimientos se han repetido en las elecciones europeas más importantes de 2017.

Finalmente, al final del trabajo, se han enumerado distintas razones e hipótesis por las que Rusia intentó interferir en las elecciones estadounidenses favoreciendo la candidatura de Donald Trump, y sus posibles explicaciones basándonos en las siguientes teorías de las relaciones internacionales: realismo clásico, neorrealismo, realismo neoclásico y, finalmente, en el constructivismo. La conclusión detalla cómo, bajo mi punto de vista, la política exterior rusa y sus actuaciones actuales no vienen únicamente determinadas por una teoría, sino que son una mezcla de todas ellas. Por un lado, la política exterior rusa se centra en la posición central del Estado, y su necesidad de equilibrar y cambiar la balanza de poder en el escenario internacional. Pero también, destaca por las características de su identidad nacional y el innegable deseo de volver a retomar y a conseguir la hegemonía que Rusia solía tener en el mundo.

5. Bibliografía

(UNED), U. N. (2009). *Las Relaciones Internacionales Durante el Siglo XX*. Obtenido de Historia del Mundo Contemporáneo:

http://ocw.innova.uned.es/epica/his_contempo/contenidos/html/unidad4/unidad001_1.html

Aboyade, S. A. (15 de Febrero de 2018). The Changing Pattern of the Foreign Policy of the New Russia Since 1991. *Historia Actual Online*, págs. 73-83.

An Introduction to the Soviet Political System. (2016). Obtenido de SAGE Publications: https://us.sagepub.com/sites/default/files/upm-binaries/72237_ostrow1e_9781608716500.pdf

Bergmann, M., Venook, J., & Moscow Project Team. (2018). *Conspiracy Against the United States*. Center for American Progress Action Fund.

Cherniaev, A. (2007). Gorbachev's Foreign Policy: The Concept. En A. Cherniaev, *My Six Years with Gorbachev* (págs. 111-140).

Choucri, N., & Clark, D. (2011). *Cyberspace and International Relations. Toward an Intergrated System*.

CIDOB, B. (2010). Foreign Policy of the Russian Federation. En *International Yearbook CIDOB* (págs. 223-231).

Colbran, E. (2019). *U.S. -Russian Relations*. Obtenido de Center for Strategic & International Studies (CSIS): <https://www.csis.org/programs/russia-and-eurasia-program/archives/us-russian-relations>

Davis, S. (2018). *Russian Meddling in Elections and Referenda in the Alliance*. NATO Parliamentary Assembly.

Diamond, L. (6 de Diciembre de 2016). *Russia and the Threat to Liberal Democracy*. Obtenido de The Atlantic: <https://www.theatlantic.com/international/archive/2016/12/russia-liberal-democracy/510011/>

Donaldson, R. H. (2000). Boris Yeltsin's Foreign Policy Legacy. *Tulsa Journal of Comparative and International Law*, 285-326.

Dunne, T., & Schmidt, B. C. (2014). Realism. En J. Baylis, S. Smith, & P. Owens, *The globalization of world politics: an introduction to international relations* (págs. 162-183). Oxford: Oxford University Press.

Fried, D., & Polyakova, A. (2018). *Democratic Defense Against Disinformation*. Atlantic Council - Eurasia Center.

Glazunova, E. N. (January de 2018). U.S. - Russian Relations: Dissonance of Ideologies. *Journal of Global Initiatives: Policy, Pedagogy, Perspective*. Obtenido de Journay of Global Initiatives: Policy, Pedagogy, Perspective:

<https://digitalcommons.kennesaw.edu/cgi/viewcontent.cgi?article=1247&context=jgi>

Glazunova, E. N. (2018). U.S.-Russian Relations: Dissonance of Ideologies. *Journal of Global Initiatives: Policy, Pedagogy, Perspective*.

Govella, K., & Aggarwal, V. K. (2012). Chapter 1 - Introduction: The Fall of the Soviet Union and the Resurgence of Russia. En *Responding to a Resurgent Russia: Russian Policy and Responses from the European Union and the United States* (págs. 1-12). Springer Science and Business Media.

Gvosdev, N. K., & Marsh, C. (2014). *Russian Foreign Policy: Interests, Vectors and Sectors*. Sage Publications.

Hurd, I. (2009). Constructivism. En C. Reus-Smit, & D. Snidal, *The Oxford Handbook of International Relations* (págs. 298-316). Oxford: Oxford Handbooks.

Ibrahim, L., & Dawood, A. (28 de Septiembre de 2016). *Neoclassical Realism*. Obtenido de Oxford Bibliographies: <https://www.oxfordbibliographies.com/view/document/obo-9780199756223/obo-9780199756223-0187.xml>

Khudoley, K. K. (2016). Russia's Foreign Policy Amid Current International Tensions. *TEORIJA IN PRAKSA*, 388-408.

Kropatcheva, E. (2012). Russian foreign policy in the realm of European security through the lens of neoclassical realism. *Journal of Eurasian Studies*, 30-40.

Lo, B. (25 de October de 2017). *An accident waiting to happen: Trump, Putin and the US - Russia relationship*. Obtenido de Lowy Institute: <https://www.lowyinstitute.org/publications/accident-waiting-happen-trump-putin-and-us-russia-relationship>

Lo, B. (2018). *Going Legit? The foreign policy of Vladimir Putin*. Lowy Institute.

Masters, J. (26 de Febrero de 2018). *Russia, Trump and the 2016 U.S. Election*. Obtenido de Council on Foreign Relations: <https://www.cfr.org/backgrounder/russia-trump-and-2016-us-election>

Milosevich-Juaristi, M. (28 de June de 2017). *EEUU y Rusia, enemigos íntimos*. Obtenido de Real Instituto Elcano: http://www.realinstitutoelcano.org/wps/portal/rielcano_es/contenido?WCM_GLOBAL_CONTEXT=/elcano/elcano_es/zonas_es/ari54-2017-milosevichjuaristi-eeuu-rusia-enemigos-intimos

Nichol, J. (2014). *Russian Political, Economic and Security Issues and U.S. Interests*. Congressional Research Service.

Pifer, S. (2015). US-Russia Relations in the Obama Era: From Reset to Refreeze? En *OSCE Yearbook 2014* (págs. 111-123). IFSH.

Presidential Library. (2018). *Russia Established Diplomatic Relations with USA*. Obtenido de Presidential Library: <https://www.prilib.ru/en/history/619690>

Ribera, R. (s.f.). *La Guerra Fría. Breves apuntes para un debate*. Obtenido de UCA: <http://www.uca.edu.sv/facultad/chn/c1170/la%20guerra%20fria.pdf>

Russel, M. (October de 2018). *US-Russia relations - Reaching the point of no return?* Obtenido de European Parliament Research Service:

[http://www.europarl.europa.eu/RegData/etudes/BRIE/2018/628230/EPRS_BRI\(2018\)628230_EN.pdf](http://www.europarl.europa.eu/RegData/etudes/BRIE/2018/628230/EPRS_BRI(2018)628230_EN.pdf)

Srinivas, J. (2017). Re-Emergence of Russian Foreign Policy Under Putin Regime. *Indian J. Soc & Pol.*, 69-73.

Tarpley, W. G. (25 de April de 2011). *U.S. Civil War: The U.S.-Russian Alliance that Saved the Union*. Obtenido de Voltairenet.org: <https://www.voltairenet.org/article169488.html>

Theohary, C. A. (2017). *Russia and the U.S. Presidential Election*. CRS Insight.

Theys, S. (23 de Febrero de 2018). *Introducing Constructivism in International Relations Theory*. Obtenido de International Relations Students: <https://www.e-ir.info/2018/02/23/introducing-constructivism-in-international-relations-theory/>

Tsakanyan, V. T. (2017). *The role of cybersecurity in world politics*. Moscow: RUND University.

U.S. Department of State. (s.f.). *200 Years of U.S. - Russia Relations*. Obtenido de U.S. Department of State Diplomacy in Action: <https://www.state.gov/p/eur/ci/rs/200years/>

UNI.LU. (7 de July de 2016). *The Cold War (1945-1989) - Full Text*. Obtenido de CVCE: https://www.cvce.eu/content/publication/2011/11/21/6dfe06ed-4790-48a4-8968-855e90593185/publishable_en.pdf

United States of America, D. (s.f.). *Lend-Lease and Military Aid to the Allies in the Early Years of World War II*. Obtenido de Office of the Historian, Bureau of Public Affairs: <https://history.state.gov/milestones/1937-1945/lend-lease>

University of Chicago. (June de 2017). *Russia in the 1990s: Independence and the Yeltsin Years*. Obtenido de Henry M.Jackson School of International Studies Website: https://jsis.washington.edu/wordpress/wp-content/uploads/2018/02/Russia_Yeltsin_Years_ii.pdf

Valeriano, B., & Maness, R. C. (2017). International Relations Theory and Cyber Security: Threat, Conflict and Ethics in an Emergent Domain. En C. B. Eckersley, *The Oxford Handbook of International Political Theory* (págs. 259-272). Oxford Handbooks.

Więclowski, J. (2011). *Contemporary Realism and the Foreign Policy of the Russian Federation*. Warsaw: Research Gate.

Zajda, J. (January de 2014). *The Russian Revolution*. *The Wiley-Blackwell Encyclopedia of Globalization Online*. Obtenido de ResearchGate: <file:///C:/Users/Marta/Downloads/The-Russian-Revolution-for-WileyBlackwell13Set.pdf>

Ziegler, C. (2014). *Russian - American relations: From Tsarism to Putin*. International Politics.